

Título de la tesis: Las inhibiciones en la clínica psicoanalítica con niños

Maestrando: Psicóloga Mirna Olga Román

Directora: Magister en Psicoanálisis Mariana Chiarella

Fecha: Mayo 2024

Lugar: San Lorenzo, Santa Fe

Índice

Resumen	3
Introducción	4
Objetivos	6
Estrategia metodológica	7
Estado de la cuestión	8
Marco teórico	27
Desarrollo	53
Conclusión	65
Bibliografía	69

Resumen.

El psiquismo, durante el período de la niñez, se irá constituyendo atravesando momentos lógicos ligados a una cronología. Este proceso se encuentra urdido en el encuentro con otros, atravesando la época histórica en la que viva.

Aún en constitución, se presentan conflictos psíquicos a los que la psiquis del niño intentará responder con sus recursos subjetivos. ¿La inhibición podrá ser un camino? El objetivo de la tesis busca una posible definición de inhibición. Desde el anverso del término, en el cuerpo teórico psicoanalítico, es escasa su aparición de manera definitoria; sin embargo, desde el reverso de la manifestación en la práctica psicoanalítico con niños es prolífica y tiene sus consecuencias.

Se presentarán dos viñetas clínicas. Representan diferentes modos de aparición de las silenciosas inhibiciones en las que pueden caer atrapada la subjetividad de niños.

Desde la etimología de la palabra inhibición, y uno de sus primeros usos del término, estaba relacionado a la náutica, era la acción de clavar el remo en el agua para poder avanzar hacia otro sentido del recorrido de la nave. Más acá en el tiempo, pasando por otras versiones del mismo término, como sofocar, impedir, ¿será la inhibición frenar subjetivamente para moverse hacia otra dirección?

Palabras claves: Niñez, cuerpo, yo, goce, inhibición, desinhibición

Introducción.

El hombre es emisor natural de sonidos: la voz (el habla y el canto).
Pero también los produce con instrumentos: una piedra, un hierro, batidos contra algo;
los medios de hacer música, la máquina...
Antonio Di Benedetto.1999. *El silenciero*

El interés de investigación para esta tesis surge a raíz de un concepto que irrumpe en la práctica psicoanalítica con niños, ya que es un término que refiere a una situación escuchada, vista, deducida de los pacientes que la manifiestan, la padecen. Sin embargo, poco desarrollada teóricamente, no conceptualizada en la niñez.

Se trata del concepto de inhibición en la niñez. Hay una cierta desproporción entre el lugar que ocupa la inhibición como manifestación clínica, y el lugar que tiene el concepto de inhibición en la teoría psicoanalítica, leyendo a Freud y a Lacan. Y en más grande escala, la brecha entre la manifestación de la inhibición en la clínica con niños y el cuerpo teórico del concepto de inhibición en el psicoanálisis con niños. Es por ello que se propone la posibilidad de realizar una tesis sobre manifestaciones clínicas de la inhibición en la niñez y aportar a la teoría del concepto de inhibición. Desde este lugar se considera importante investigar esta temática para proveer, sumar, aportar, ante lo escaso que se ha encontrado en la búsqueda teórica de este concepto en la clínica psicoanalítica con niños.

La propuesta del tema de este proyecto de tesis tiene un por qué y es en base a la práctica clínica psicoanalítica con niños de quien escribe la presente tesis, desde el año 2015 al presente, tiempo en el cual hubo pacientes donde la manifestación de la inhibición era evidente, notoria, interrumpiendo la espontaneidad de ciertos pacientes niños y niñas, los condicionaba, los sofocaba. Comúnmente era acompañado por los discursos maternos y paternos alegando que eran características de su personalidad, minimizando su relevancia. Esto ha llamado la atención desde entonces, allí empezó la búsqueda en el terreno teórico del psicoanálisis, en Freud y en Lacan, del recorrido, si lo hubiera, de este concepto: la inhibición.

Los conocimientos y la información disponible hallados no fueron suficientes para intervenir en la clínica con niños. Ya que la mayor parte del material teórico encontrado se correspondía con la clínica de adultos. Por ello hoy se piensa relevante la investigación del concepto y manifestación de la inhibición en la niñez.

En el comienzo del rastreo del concepto, se halla el origen etimológico de la palabra Inhibición, que contiene en sí una paradoja. La etimología refiere que inhibición designa la acción de reprimir o contener el ejercicio de una facultad o tendencia, viene del latín *inhibitio*, palabra que se empleaba preferentemente para designar la acción de los remeros de remar en sentido contrario al avance, para frenar o contener el movimiento de una nave. Paradójico en el sentido de tener que ejecutar un acto de detención para poder luego avanzar.

Este término también tiene implicancia en otros campos teóricos como el Derecho, donde define la inhibición como: Dicho de un juez, declararse incompetente en una causa. En la Medicina: suspender transitoriamente una función o actividad del organismo mediante la acción de un estímulo adecuado.

Evidentemente del discurso médico Freud ha tomado acertadamente este concepto que fue mudado a la teoría psicoanalítica.

La inhibición se relaciona con el plano de la acción, del acto, específicamente la suspensión de una acción. Por ende, surge la incógnita de pensar las inhibiciones como parte de la subjetividad del niño o niña, como forma constituyente de sí, o si es una interrupción del acto que obstaculiza, suspende la constitución psíquica. Qué espacio ocupa la manifestación de la inhibición en la constitución subjetiva de la niña o el niño.

Objetivos.

Objetivo general: Indagar y analizar los alcances y límites del concepto de inhibición en la niñez contemporánea, dentro de la teoría psicoanalítica freudiana y lacaniana.

Objetivos específicos:

- Identificar la manifestación del fenómeno de la inhibición en la clínica con niños.
- Definir los conceptos de inhibición y desinhibición desde la clínica psicoanalítica con niños.
- Analizar la incidencia de la manifestación de la inhibición y la desinhibición en la constitución psíquica del niño, para luego poder intervenir.

Estrategia metodológica.

Como refiere Achilli en Investigar en antropología social: “pensar en las estrategias metodológicas, supone necesariamente, pensarlas en relación al *problema de investigación*. En tal sentido, estamos en el “momento de articular el *qué investigar* con el *cómo hacerlo*” (Achilli, 2005, p. 60), por ello se describirá a continuación la elección del diseño de investigación.

Considerando que el tema a investigar: Las inhibiciones en la clínica psicoanalítica con niños, ha sido escasamente abordado, no se dispone de teorías formales o sustanciales. Por lo tanto, se propone como diseño de investigación la Teoría Fundamentada, dentro del marco de las investigaciones cualitativas, con un enfoque inductivo, que intenta comprender y no inferir.

El escenario de realización de la investigación está compuesto por el análisis de viñetas clínicas de pacientes niños y niñas entre 4 y 6 años, donde se manifiesta la inhibición, trabajados en la práctica clínica en consultorio particular de la ciudad de San Lorenzo, provincia de Santa Fe.

Dice Borsotti en Temas de metodología de la investigación en las ciencias sociales empíricas que: “La unidad de análisis es aquello sobre lo que se propone producir conocimiento y, de esa entidad, la propiedad particular que interesa” (Borsotti, 2007, p. 49). De allí que la unidad de análisis en esta tesis está compuesta por las viñetas de casos clínicos de niños y niñas entre 4 y 6 años.

Por otro lado, como aporta Azaretto: “El recurso o uso del material clínico en la investigación es solidario con el tipo de investigación y este a su vez queda determinado por el problema que se pretende indagar” (Azaretto, 2007, p. 38). Por tal motivo se recurre a las viñetas clínicas de pacientes atendidos entre los años 2015 y 2021.

Estado de la cuestión.

Existen conceptos fundamentales del psicoanálisis cuya definición es clara generalmente, tales como, transferencia, pulsión, síntoma, inconsciente, por nombrar algunos.

Se contará con los postulados establecidos por autores del campo psicoanalítico que forman parte de los antecedentes del tema de investigación.

Cuando se comienza a rastrear el término de inhibición es más difuso el panorama. El término Inhibición a virado durante la obra de Freud por distintos caminos y se corresponden a avances y retrocesos que construyeron los pilares de la teoría psicoanalítica freudiana.

Un excelente y pleno trabajo de rastreo del término de inhibición fue hallado en el libro Paradojas de la inhibición de Juan de Olaso.

Freud utiliza el término Inhibición para denominar infinidad de procesos psíquicos heterogéneos. En Inhibición, síntoma y angustia (Freud, 1926), y a propósito de lo que define como limitaciones funcionales del yo (función sexual, nutricia, laboral, locomotriz) utiliza el mismo término con el que designaba en Proyecto de psicología para neurólogos, un mecanismo que partía del yo y que afectaba, por ejemplo, el decurso que iba de una imagen-recuerdo a un desprendimiento de displacer: “si existe un yo, por fuerza inhibirá procesos psíquicos primarios” (Freud, 1950, p.369). Esta acción inhibitoria del yo consistente en modificar el estado fluyente de cantidad para convertirlo en uno estático en una neurona, conducía nada menos que a la diferenciación entre un proceso primario no inhibido y un proceso secundario inhibido. Evidentemente refiere a las vicisitudes económicas del aparato psíquico.

En Psicología de las masas y análisis del yo (Freud, 1921), conviven en un fenómeno de masas la inhibición y la desinhibición como fenómenos necesarios. Donde se inhibe toda singularidad para formar parte de la masa, y al mismo tiempo se necesita de la desinhibición para dar rienda suelta a la participación dentro del fenómeno de masa. Dice:

Hemos partido del hecho fundamental de que el individuo integrado en una masa experimenta, bajo la influencia de la misma, una modificación, a veces

muy profunda, de su actividad anímica. Su afectividad queda extraordinariamente intensificada y, en cambio, notablemente limitada su actividad intelectual. Ambos procesos tienden a igualar al individuo con los demás de la multitud, fin que sólo puede ser conseguido por la supresión de las inhibiciones peculiares a cada uno y la renuncia a las modalidades individuales y personales de las tendencias. (Freud, 1921, p. 84)

Los modos actuales de satisfacción de la pulsión que se promocionan son muy lejanos a lo que describía Freud en el siglo pasado. El imperativo del goce encuentra nuevas formas de mostración y al mismo tiempo, paradójicamente (esto es una hipótesis), un terreno más propicio para la manifestación de inhibiciones. Como así también se manifiesta la ausencia de la inhibición en la constitución subjetiva, la desinhibición, si así podemos llamarla, casi como un opuesto que se contrapone a ese pilar en el que se erige la cultura, se traduce en ausencia de renuncia a lo pulsional. Esto último abre la pregunta si no hay una provocación constante a la desinhibición, que respondería al imperativo del gozar infinitamente.

La cultura en la que vivimos resalta la supremacía de la imagen, lo imaginario cobra relieve, la mostración, la exposición como patrón repetido infinitamente, hacia un Otro que supuestamente demanda de manera voraz. Pero, el desfile de lo imaginario no produce un nuevo estatuto de sujeto, podría pensarse que lo empobrece, lo anula, en relación a su deseo.

Empobrecimiento, desligar la libido lleva al interrogante por la relación posible entre las inhibiciones en la niñez y la depresión en el adulto. En la lectura de Karl Abraham se encuentra una referencia, quien en Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalíticos de la locura maníaco-depresiva y condiciones asociadas, plantea que:

Cuando la psicosis depresiva se ha hecho manifiesta, su rasgo cardinal parece ser una inhibición mental que hace más difícil la relación entre el paciente y el mundo externo. (...) Su tendencia autoerótica se manifiesta en la inhibición. Los más altos grados de inhibición, especialmente, como el estupor depresivo, representan una muerte simbólica. Mientras que el melancólico exhibe un estado de inhibición general, en el paciente maníaco inclusive las inhibiciones normales de las pulsiones están parcial o totalmente

abolidas. El ahorro de energías en la inhibición que así se obtiene, se convierte en una fuente de placer, y además en una duradera.

Y aquí lo que se destaca de su aclaración es:

La economía de la inhibición no es, sin embargo, en modo alguno, la única fuente de placer para el maníaco. La eliminación de las inhibiciones hace accesibles una vez más las viejas fuentes de placer que habían sido suprimidas; y esto muestra cuan profundamente arraigada en lo infantil está la manía. La inhibición melancólica del pensamiento tiene su reverso en la fuga de ideas maníaca. (Abraham, 1911, p. 136)

Sin dejar de tener presente que Abraham se refiere a un paciente adulto, podría pensarse si el fenómeno de la inhibición en la constitución psíquica del niño afectará su posición subjetiva gravemente como lo plantea el autor en el anverso de la manía y el reverso de la depresión.

En Freud, el escrito “Duelo y melancolía” tiene en parte como dialogador a Karl Abraham, y allí compara la naturaleza de la melancolía con la del duelo, tomado como un afecto normal. La definición reza: “El duelo es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, 1915, p. 241). En virtud de semejanzas entre estos dos estados, Freud agrega que en muchas personas se observa en lugar del duelo, melancolía. Cuando enumera los rasgos de manifestación melancólica, entre ellos está la inhibición de toda productividad, que se comparte con el duelo. Allí marca el estatuto de la inhibición propia del duelo en la economía libidinal: “Fácilmente se comprende que esta inhibición y este angostamiento del yo expresan una entrega incondicional al duelo que nada deja para otros propósitos y otros intereses” (1915, p. 242).

En cuanto al tema de este proyecto de tesis, la obra más estructurada y renombrada en el corpus teórico psicoanalítico freudiano es Inhibición, síntoma y angustia. El primer capítulo está dedicado a la inhibición, y en la totalidad del escrito se presencia la reformulación del concepto de angustia que tiene su impacto en el modo de entender la inhibición.

En principio divide los conceptos de inhibición y síntoma:

No han crecido en el mismo suelo. “Inhibición” tiene un nexo particular con la función y no necesariamente designa algo patológico: se puede dar ese nombre a una limitación normal de una función. En cambio, “síntoma” equivale a indicio de un proceso patológico. Entonces, también una inhibición puede ser un síntoma. (Freud, 1926, p. 83)

Por lo tanto, la inhibición no supone un proceso patológico, se da en el plano del funcionamiento del yo, como se refiere en el Proyecto de psicología para neurólogos. También se relaciona con los poderes anímicos de los diques de “Tres ensayos de teoría sexual”, propios del período de latencia sexual de la infancia: “El asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético en lo moral” (Freud, 1905, p. 161). Podría pensarse que estas inhibiciones sexuales se presentan como límites ante la pulsión sexual y sus empujes.

Asimismo, la inhibición propia del trabajo del duelo no supone un proceso patológico. Pero en Inhibición, síntoma y angustia, dice que puede ocurrir que sí. Señala que eventualmente, la inhibición puede ser un síntoma, o puede devenir síntoma. La inhibición está ligada a la función, esto lo conduce a preguntar las formas en que las funciones del yo pueden padecer desconciertos: la sexualidad, la alimentación, la locomoción y el trabajo.

Además, resalta que: “Muchas inhibiciones son, evidentemente, una renuncia a cierta función porque a raíz de su ejercicio se desarrollaría angustia” (Freud, 1926, p.84). Reseña manifestaciones clínicas donde esto se plasma: en la histeria, la angustia frente a la función sexual y el lugar del asco; en la neurosis obsesiva, las precauciones y aseguramientos contra el vivenciar sexual, que resultan ser de naturaleza fóbica. Algo se va uniendo entre la inhibición, la acción y la angustia en relación a la función sexual.

Va precisando el concepto de inhibición y propone otra definición: “Expresa una limitación funcional del yo, que a su vez puede tener diversas causas” (Freud, 1926, p. 85). Agregando que se trata de una renuncia a dichas funciones. “El yo renuncia a estas funciones que le competen a fin de no verse

precisado a emprender una nueva represión, a fin de evitar un conflicto con el ello” (1926, p. 86).

Comienza a deslindarse cierto lazo entre la angustia y la inhibición. En el capítulo IV, retomando el análisis de la zoofobia del pequeño Hans, propone: “La incomprendible angustia frente al caballo es el síntoma; la incapacidad para andar por la calle, un fenómeno de inhibición, una limitación que el yo se impone para no provocar el síntoma-angustia” (Freud, 1926, p. 97). O sea, la inhibición lo protege frente a la angustia y se consuma la formación sustitutiva: “ser mordido por el caballo” en lugar de “ser castrado por el padre”, solución económica. Pero a la vez, y en la medida en que la angustia de la fobia “sólo emerge cuando su objeto es asunto de la percepción, (...) el pequeño Hans impone a su yo una limitación, produce la inhibición de salir para no encontrarse con caballos” (1926, p. 119). El yo que inhibe, queda inhibido, pudiendo provocar angustia. Aquí surge la necesidad de hacer una marca, para retomar en el desarrollo de la investigación de la tesis, para analizar el alcance y límites del concepto de la inhibición en la niñez.

En la obra de Lacan, por primera vez elabora una teoría sobre la inhibición en el Seminario X: La angustia (1962-1963), ocasión propicia donde realiza la lectura de “Inhibición, síntoma y angustia”, descifrando aspectos de la obra freudiana, apoyado en referencias filosóficas de Aristóteles, Hegel, Kierkegaard. Disponiendo del nuevo estatuto de su enseñanza, el objeto a como real.

Aclara desde el principio que: “La diferencia entre la estructura de estos tres términos, ninguno de los cuales tiene en absoluto, si queremos situarlos, los mismos términos como contexto o entorno” (Lacan, 1962-1963, p. 18). Entonces, como no están en un mismo plano, los presenta en un cuadro, ubicándolos en distintos niveles, enmarcados por dos coordenadas particulares: movimiento y dificultad.

Tomando la argumentación de Freud de perturbaciones de las funciones yoicas como expresión de la inhibición, ubica a esta del lado del movimiento, diciendo que: “En la inhibición, de lo que se trata es de la detención del movimiento. ¿Significa esto que la palabra inhibición deba sugerirnos tan solo detención?” (Lacan, 1962-1963, p.18).

Este interrogante invita a poder pensar otras vicisitudes del concepto de inhibición:

¿Por qué no recurrir a la palabra impedir? De esto se trata, ciertamente. Nuestros sujetos están inhibidos cuando nos hablan de sus inhibiciones, y nosotros mismos, cuando hablamos de ellas en congresos científicos, pero cada día, ciertamente, están impedidos. Estar impedidos es un síntoma. Estar inhibido es un síntoma en el museo. (Lacan, 1962-1963, p. 18)

Esta idea permite leer desde otra perspectiva lo que enlaza la inhibición al síntoma, no sólo que puede devenir en síntoma o algo cercano como sería el impedimento, sino que el mismo síntoma, el estar inhibido, consiste en una inhibición. La distinción es en este caso, estar ubicado en el museo, por lo cual no origina interrogación alguna, queda expuesto, inmóvil, estático en el tiempo. Si esto ocurre en la niñez, asoma la pregunta por sus consecuencias en la subjetividad, si se cristalizara.

Lacan agrega este elemento, el impedimento, que produce una intercepción.

Implica, en efecto, la relación de una dimensión con algo que viene a interferirla y que, en aquello que nos interesa, impide, no la función, término de referencia, no el movimiento, que se ha vuelto difícil, sino ciertamente al sujeto. (Lacan, 1962-1963, p. 19)

Esto lleva a pensar que no se trataría de una limitación funcional del yo, sino del sujeto que se ve impedido, que cae en un impedimento, una fractura imaginaria. Alude a dejarse atrapar por su propia imagen especular. Lo imaginario como lugar de detención, de obstáculo.

Siguiendo la dirección del plano de la dificultad, Lacan propone: “Si llevamos más lejos la interrogación por el sentido de la palabra inhibición, ¿qué término podemos introducir en la tercera columna?” (Lacan, 1962-1963, p. 19). Su respuesta es el embarazo, como una forma ligera de la angustia. Entonces podría sugerirse que el impedimento y el embarazo son otras variantes de la inhibición, o rumbos hacia los que iría la inhibición, cada vez más marcando mayor dificultad.

En cuanto al eje del movimiento, el autor sitúa bajo la inhibición a la emoción. Concepto del cual refiere que: “Es el movimiento que se desagrega, es la reacción se llama catastrófica” (1962-1963, p. 20). En el siguiente renglón de este cuadro, en el punto que esta dimensión alcanza la angustia, propone el término turbación. Es relevante lo que postula en el siguiente párrafo:

Los matices lingüísticos, incluso las versiones aquí mencionadas, nos sirven de guía para definir con la turbación el tercer lugar, en el sentido de lo que significa la inhibición en la vertiente del movimiento, tal como, en la vertiente de la dificultad, hemos designado la referencia correspondiente con el embarazo. La turbación es el trastorno, el trastornarse en cuanto tal, el trastornarse más profundo en la dimensión del movimiento. El embarazo es el máximo de la dificultad alcanzada. (Lacan, 1962-1963, p. 21)

Estas categorías no son propiamente la angustia, pero se hallan en el mismo nivel del cuadro, lo que da cada vez más relevancia al nexo que hay entre la inhibición y la angustia.

Enlazado a esta cuestión corresponde la referencia a Laura Gobbato, quien en el artículo De la inhibición a la angustia señal, perteneciente a la publicación semestral Psicoanálisis y el hospital, dice que:

Inhibición, síntoma y angustia son las coordenadas de la neurosis. Es entre ellas que *camina* un neurótico, y es entre ellas que un análisis transcurre. (...) Lacan afirma que estos tres términos no resultan homogéneos porque no están en el mismo nivel, y son heteróclitos. Señala de esta manera la diferencia que existe entre la estructura de los tres. Son tan heterogéneos como los términos de lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario.

Entre la defensa de la inhibición, el mensaje cifrado del síntoma y la función del único afecto que no engaña, la angustia, encontraremos lo que la experiencia analítica se propone, que es la emergencia del sujeto y su deseo. El yo y sus funciones se inhiben para impedir el desarrollo de la angustia, la inhibición es siempre asunto del cuerpo, registro de lo Imaginario y se presenta como muda, monótona. En el Seminario 10, Lacan enfatiza su relación con la detención del movimiento, algo se detiene por inmiscuirse en

el campo de lo Simbólico, es el efecto de detención que resulta de esa intrusión de lo Imaginario sobre lo Simbólico. (Gobbato, 2014, p. 33)

En concordancia con la detención del movimiento, el impedimento como lo llama Lacan, el desarrollo de Gloria Aksman (2009) en su artículo Inhibición <angustia> Síntoma, de la revista Actualidad Psicológica, va un poco más allá:

El impedimento implica que el acto se encuentra postergado. La neurosis obsesiva es aquí el caso paradigmático.

Por eso, rescatamos la temprana conclusión freudiana, en el texto de referencia. O sea, investiguemos por el lado de las defensas neuróticas.

Ahora bien, ¿qué es lo que en la actualidad nos interesa respecto de indagar la noción de inhibición, con relación a las neurosis? (p. 8)

Considera que, en la actualidad, uno de los llamados nuevos síntomas que han aparecido es la depresión y que la inhibición es su manifestación.

Parafraseando a Lacan podemos decir que la depresión es un síntoma en el museo.

Sin embargo, la angustia insiste en hacernos presente que lo que no anda hace al sujeto mismo, es decir, a su posición frente a eso que “deprime”. ¿Es ajeno, es decir, exterior a sus determinaciones o decisiones o como queramos llamarlas? Y en todo caso de ser exterior ¿no lo implica? Es decir, ¿podemos pensar que no se encuentra concernido en su construcción? La realidad cotidiana en la cual se encuentra afectado, ¿acaso no se trata como el dicho popular *todo es de acuerdo al cristal con que se mira?*

Freud le dio su nombre: la realidad con la que tratamos en tanto sujetos es psíquica; es porque nuestra sujeción es al lenguaje, es decir en tanto habitantes-habitados del lenguaje, que nuestras realidades son discursivas. La noción de exterior e interior ya había sido puesta en cuestión por Freud al referirse a la angustia de castración. (p. 8)

Al referirse a la depresión como nuevo síntoma, siendo la inhibición su manifestación, la autora propone, pensarla como construida desde el estatuto de síntoma para poder interrogarla.

(...) los llamados nuevos síntomas merecen ser interrogados a la luz de lo que no cesa, la angustia.

(...) La pregunta se transforma entonces en la siguiente: ¿qué se deprime cuando hablamos de depresión?

En ocasión de un trabajo de investigación llevado a cabo sobre el tema de la depresión nos preguntamos acerca de las consecuencias de la declinación de esa función reguladora denominada Nombre del Padre.

Señalamos allí que para el psicoanálisis la depresión es un síntoma general en relación con el malestar en la cultura, es un nombre de ese malestar.

Se presenta como cobardía moral, y dada la dificultad podemos leer allí los efectos al límite de la pulsión de muerte. (p. 9)

Aclara que se ocupa aquí de la depresión en las neurosis, ubicando el problema en el mecanismo de la principal defensa que tienen que es la represión.

(...) Leemos en Freud que la inhibición que consiste, como ya dijimos más arriba, en que el yo se limita en sus funciones, lo hace para “no verse precisado a emprender una nueva represión”. El alcance de esta afirmación atañe a que el yo no quiere vérselas con las exigencias del Ello ni del Superyó. Si la represión toma su sentido porque el sujeto no quiere saber nada de lo que sabe, (...), esto implica una consecuencia que recae sobre el “historizarse”.

Historia que es necesario que se construya como “ese saber” para luego no querer saber nada de él. No es un simple juego de palabras. Es la manera de enunciar el trabajo que culmina en las marcas inexorables de la presencia del Nombre del Padre. Es él el que sostiene lo reprimido como tal.

Ahora bien, si este operador estructural se halla “deprimido”, eso diseña las modalidades de presentación clínica de la época. Efectivamente verificamos en nuestra clínica que la a-historicidad, se localiza en los cuadros que Freud describe cuando dice que la inhibición general es la característica de los estados depresivos. (p. 9)

La propuesta es pensar que lo deprimido es la represión, y su consecuencia nos enfrenta a una rara subjetividad o ausencia de la misma.

Lacan trabaja las consecuencias para el sujeto de quedar capturado en una identificación imaginaria con el falo, que se traduce en una verdadera dificultad a la hora de la construcción del síntoma.

Es cuando la amenaza de castración no se vincula al Padre como agente, sino que proviene de la Madre fálica. Frente a este debilitamiento de la función paterna, intervendría la inhibición haciendo renunciar al yo a aquellas funciones que fueran fuente de angustia. Es decir, el Padre interviene para hacer posible la represión e instituye la ley de prohibición del incesto. Cuando esa función se encuentra fallada, el sujeto halla su "refugio", su defensa de la situación, en la inhibición. (p.10)

Es una defensa que no se anuda a lo simbólico, no permite una elaboración de la castración.

El sujeto sometido a esa relación estragante con la madre, tiene como último recurso la inhibición que hace al acto, y la depresión (entendida entonces como el modo de detener la posibilidad de realizar dicho acto), se presenta en la actualidad, en la época del Otro que no existe, como un nuevo nombre de la civilización.

(...) nada lo causa hacia constituir esta inhibición en síntoma. Ni la historia, ni el saber que no se quiere saber que se sabe ocupan su lugar en el dispositivo analítico. (p.10)

Siguiendo con el rastreo de trabajos abocados al análisis del concepto de inhibición, es hallada la presentación publicada en la revista: Inibiciones, síntomas, angustias. Jornadas Otoño 1990, cuyo autor del artículo es Teodoro Lecman y la titula: El lugar del Otro en la inhibición. Intervención y angustias del analista. El análisis como síntoma. Allí postula:

Inhibición proviene de "*inhibere*": tener entre manos, poner en obra, emplear. Paradójicamente, como le gustaba a Freud, el sentido antitético, en otra de sus acepciones "refrenar", se impone. Se pasa del in locativo al in privativo, y llega a nosotros como "*privar abstenerse*".

Término usado en *Fisiología* (Restricción o detención de la función de un órgano por estímulo de una parte lejana transmitido por acción del sistema

nervioso o del hormonal), se especializa en el campo de la *Reflexología* y se extiende al de la *Psicología*.

En Derecho, el término apunta a la inhibición de un funcionario para entender en un asunto, a la de alguien para disponer de un bien, en cuyo caso el mismo puede llegar a ser “embargado” ... ¿por la pena?

Esto “no tener”, “privar”, que en lo que nos ocupa toma un cariz reflexivo: privarse, abstenerse -ya no reflexológico-, que se asigna al Yo, contrasta así con la *prohibición* (etimol.: tener lejos). Desde ya que, aun agenciada por alguien, nos referimos a la prohibición in situ en la Cultura, en el lenguaje y las relaciones de parentesco, prohibición que *propicia* el campo de la exogamia. (...) Prohibición que se recorta como mandato -Gebot- insensato en la voz del Superyó, de la cual la inhibición es la contrapartida, quizás como lugar vacío (lugar del Otro en Encore), que apela al Otro, busca restituirlo, en el infierno de las órdenes contradictorias, compartiendo el síntoma con el semejante, como para apaciguar al lobo obscuro y feroz del pastor mentiroso. (Lecman, 1991, p. 67)

Después de referenciar estas acepciones del término inhibición, desde distintas disciplinas, dirá que:

La palabra usual en Freud y en el léxico alemán es “*Hemmung*”; que recibe el uso clásico en Medicina, pero que también implica, sobre todo como verbo: “*hemmen*”, la idea de *retardar, estorbar, impedir*, lo que confluye con la idea de impedimento de la movilidad requerido por Freud y refirmado por Lacan. (Lecman, 1991, p. 67)

Otra interesante presentación de esa revista: Inhibiciones, síntomas, angustias. Jornadas otoño 1990, es la de Haydée Garibaldi, “Inhibiciones. Hamlet, un acto a cumplir”. Allí propone:

Me parece que a partir de considerar las inhibiciones se pueden deslindar dos cuestiones; una que es lo que respecta a las distintas funciones del yo y lo que podrían ser dos campos.

Freud, por ej., considera al síntoma y a la inhibición como correspondientes a dos campos totalmente distintos. Ubica la inhibición en relación a la función y lo que corresponde al síntoma lo pone como una transformación profunda de

la función o bien una nueva función. Si bien hace esta discriminación y dice que la inhibición correspondería a una inhibición o a una restricción funcional del yo, y que, en este sentido, sería totalmente diferente del síntoma, porque en el síntoma -dice- no estaría el yo afectado, no obstante esto, en el mismo trabajo, en "Inhibición, síntoma y angustia", un poco más adelante habla de la participación del yo en el proceso de la defensa y allí dice que el yo, por su especial naturaleza y porque participa de una organización que tendería a la unificación o a la unicidad, y cumpliendo con esto, sería totalmente tomado o atravesado por el síntoma, dice: "establece lazos con el síntoma y lo incluye en él".

Creo que es interesante esto porque queda bien claro que Freud está hablando de dos yo distintos. En español no tenemos forma de nombrarlos con nombre diferente, pero creo que correspondería con lo que en francés se llama el je y el moi. (Garibaldi, 1991, p. 111)

Si bien no es el objetivo de esta tesis la diferenciación entre inhibición y síntoma, como lo plantea la autora de la cita anterior, será una herramienta conceptual estas dos formas de nombrar al yo, según lo atañe.

En concordancia con lo planteado en el comienzo de la presente tesis se coincide con lo postulado en Paradojas de la inhibición, de Juan de Olaso, quien introduce su libro partiendo del siguiente postulado:

En más de una oportunidad se ha señalado que el psicoanálisis no logró aún darle al concepto de *inhibición* una definición rigurosa. A diferencia de lo ocurrido con términos como "transferencia", "deseo", "síntoma" o "inconsciente", se ha llegado incluso a poner en cuestión el hecho de que la inhibición constituya, propiamente, un concepto psicoanalítico.

Acaso esta impresión haya estado motivada por la pregnancia de su procedencia jurídica y, además, por la de su procedencia neurológica. Por otra parte, aun cuando el término esté presente en numerosos textos de la obra freudiana, se puede notar que la inhibición presenta una ubicación de alguna manera periférica en el *corpus* conceptual psicoanalítico. No deja ser llamativa, por ejemplo, su ausencia en el célebre *Diccionario de Psicoanálisis* (1967) de Laplanche y Pontalis. (De Olaso, 2015, p. 15)

Juan de Olaso realiza un recorrido exploratorio del término inhibición en gran parte de la obra freudiana, comenzando por preguntarse:

¿qué es una inhibición?

Por lo general, se define como acción y efecto de inhibir o inhibirse. Según el *Diccionario de uso del español* de María Moliner (1992), “inhibir” (del lat. *Inhibere*, deriv. de *habere*) admite las siguientes variantes: “1) (ant.) Impedir o prohibir algo. 2) (tribunales) Impedir a un juez proseguir en el entendimiento de una causa. 3) Suspender transitoriamente la actividad de un órgano o del organismo mediante la acción de un estímulo”. Y en su forma reflexiva, conduce a “abstenerse de intervenir o interesarse en un asunto o actividad”. En esa referencia, como en otras del estilo, nos aproximamos al sentido de la detención, de suspensión o de abstención. Sin embargo, tomamos nota de que originariamente “inhibición” no denota un estado de inmovilidad o de pasividad.

Hace referencia a la definición originaria que los romanos conocían:

En su forma latina, *inhibitio* significaba la “acción de remar hacia atrás”.

(...) Comienza a dibujarse más claramente la idea de inhibición como una fuerza activa, algo que va en sentido contrario a la corriente, cosa que su referencia marítima pone de manifiesto de manera extraordinaria. El psicoanalista francés G. Le Gaufey (1985) observa, no obstante, que una vez que la palabra fue perdiendo su inicial uso jurídico y se fue extendiendo hacia los dominios de la filología y de la psicología, de a poco fue ganando terreno el matiz de pasividad. Entonces la inhibición comenzó a designar más bien un estado y ya no una acción propiamente dicha. (De Olaso, 2015, p. 16)

Ni bien asomamos en la obra freudiana, advertimos que *Hemung* (inhibición) se emplea para denominar una infinidad de procesos psíquicos heterogéneos y, cabe agregar, no necesariamente patológicos.

A lo largo de su obra, Freud habla de inhibición: de representaciones (penosas), del afecto (una de las funciones del sueño), del displacer, del proceso primario, de la sexualidad, del onanismo, del yo, del desarrollo (regresión, fijación), de la meta de la pulsión, del pensamiento, de una función. También, de inhibición en el duelo (y en la melancolía), en los fenómenos de masa, en los rasgos de carácter, en la cultura.

¿Tiene la inhibición, en todos los casos, el mismo estatuto?

En tanto, nos surgen otras preguntas, que acaso pudieran ser puestas a prueba en cada uno de los contextos de las formulaciones freudianas. No solamente la de qué es una inhibición, sino también: ¿*qué* se inhibe? ¿*Por qué* se inhibe? ¿*Cómo* se inhibe? Y, desde ya, ¿*qué* inhibe? (De Olaso, 2015, p. 18)

Estas preguntas planteadas prestan a pensar que no se tratará del mismo yo en un caso como en otro. Como postula en su artículo, páginas arriba citado, Haydée Garibaldi una referencia en este lineamiento de dos yo, je y moi.

Juan de Olaso comienza un rastreo minucioso en la obra freudiana del recorrido de este concepto, no en carácter evolutivo o de crecimiento hasta llegar a una definición exquisita, sino mostrando avances, retrocesos, diferencias, variantes, empleos, según el contexto lo ameritaba. Como así también, acodándose en el retorno a Freud desde Lacan.

Notemos, por ejemplo, que Freud utiliza el mismo término tanto para designar “una limitación funcional del yo” (Freud, 1926a), las clásicas inhibiciones de los años veinte, como para designar una operación que parte del yo y que afecta al decurso que va de una imagen-recuerdo a un desprendimiento de *displacer*. (...)

En esta mera aproximación, observamos que la inhibición protagoniza dos circunstancias diferentes: en un caso el yo se inhibe, mientras que en el otro el yo *inhibe*. Así como en el primer caso asistimos a la inhibición como *fenómeno*, en el otro asistimos a la inhibición como una operación o, si se quiere, como *mecanismo*. (De Olaso, 2015, p. 18)

Desde Lacan, tomará el Seminario 10 (1962-1963), el cual considera:

Una teoría renovada de la angustia y de los afectos en general; la promoción del “paradójico” objeto *a* como *real*; la noción de *causa*, clave para la articulación entre deseo y goce; el esbozo de la lógica de una *acción*, que invita a reformular la concepción de las inhibiciones.

Lacan construye allí una matriz conceptual, una red de significantes que comienza a combinarse y a ofrecer determinadas vicisitudes clínicas. En este

marco, la inhibición irá asumiendo diferentes rostros, inscribiéndose como una “patología del acto”, en una serie que incluye el *acting out* y al pasaje al acto. (...) Por último, nos proponemos interrogar la posición del psicoanalista en la cura. Se tratará, pues, de indagar qué impedimentos, frenos u obstáculos es capaz de engendrar el propio dispositivo analítico con respecto al movimiento de la cura. Los avatares de la transferencia resultarán, en este punto, cruciales.

La inhibición, además de plantear problemas específicos en cuanto al abordaje y a las posibilidades de intervención, puede eventualmente alcanzar al analista mismo. (De Olaso, 2015, p.22)

La referencia al tema de la inhibición en la niñez específicamente fue hallada en la lectura del libro de Jaime Fernández Miranda, *El trabajo de lo ficcional*, donde dedica un apartado dentro del capítulo *El Uno y el otro*, llamado *Tópica y dinámica de la inhibición*. Allí plantea que:

El término inhibición, en su polisemia, en su formidable imprecisión resulta adecuado para designar tanto el coartamiento absoluto del acto como la impotencia, la destitución subjetiva y el vaciamiento del yo. Es posible enhebrar, pues, bajo la rúbrica de la inhibición los dos trazos más significativos de las problemáticas depresivas del niño: su sentimiento de insignificancia paralizante y la supresión del acto como modo de arreglárselas con el costado más oscuro, más mortífero de la sexualidad (...)

En otras palabras: la inhibición protege al niño de una pulsionalidad mortífera al costo de posicionarlo como negativo del yo ideal.

Se instala así una paradoja insoportable donde el clivaje radical respecto del yo ideal es sentimiento de insignificancia, tiranía superyoica que somete al niño al límite de la autodestrucción; pero también aquello que lo protege del desborde pulsional. Entre el tormento superyoico y el desborde pulsional, entre la aniquilación y la aniquilación, he aquí la paradoja fundante de las problemáticas depresivas del niño. (Fernández Miranda, 2019, p. 85)

La trama que el autor propone, orienta en este proyecto de tesis al análisis de las respuestas subjetivas de donde surge la inhibición, sus manifestaciones en la niñez, su peso correlativo que puede ser aplastante. Como así también, las consecuencias si esto se cristalizara.

La polisemia del término inhibición convoca a la posibilidad de investigar sus manifestaciones, teniendo presente el recorrido de los antecedentes en estos autores nutre aún más, para no quedar estáticos en su definición.

Siguiendo con la búsqueda del estado de la cuestión se encuentra la referencia a Winnicott en su libro Escritos de pediatría y psicoanálisis. Es menester citar el artículo: La observación de niños en una situación fija, donde hará alusión a la implementación de un método, podríamos llamarlo así, fijo, que suele repetir para observar las respuestas al mismo de niños pequeños, entre los cinco y los trece meses. A partir de allí el autor hace una marcación relevante en cuanto a la posible inhibición. Para que esto sea entendible se describe como es este artilugio:

Deseo, en la medida de lo posible, describir el marco de la observación y qué es lo que se me ha hecho tan familiar: lo que yo llamo <<situación fija>> en que penetra cada uno de los niños que es traído a mi consulta. (Winnicott, 1979, p.79)

(...) Si se trata de un niño pequeño, de un bebé, le pido a la madre que tome asiento ante mí, con la esquina de la mesa entre ella y yo. Ella se sienta con el pequeñín en la rodilla. De forma rutinaria, coloco en el borde de la mesa un bajalenguas reluciente y en ángulo recto. Invito a la madre a colocar al pequeño de tal manera que si lo desea pueda coger el bajalenguas. (Winnicott, 1979, p.80)

De manera resumida se hace referencia a una secuencia normal de lo que esto despierta en el niño.

Primera fase. El bebé pone la mano encima del bajalenguas, pero en este momento, en forma inesperada, descubre que la situación debe ser meditada. Se halla en un aprieto.

Segunda fase. Todo el rato, durante <<el período de hesitación>>, como yo lo llamo, el pequeño mantiene el cuerpo quieto, pero no rígido. Paulatinamente se va envalentonando lo bastante para dejar que sus sentimientos se desarrollen, y entonces el cuadro cambia rápidamente. (...) El cambio en el

comportamiento del pequeño constituye un rasgo notable. La expectación y la inmovilidad se ven ahora sustituidas por la confianza en sí mismo, mientras que el cuerpo se mueve con soltura.

Tercera fase. Existe una tercera fase. En ella, el niño, ante todo, deja caer el bajalenguas como por accidente. Si le es devuelto se alegra, vuelve a jugar con él y de nuevo lo deja caer, pero esta vez menos accidentalmente. Al serle devuelto otra vez, lo deja caer a propósito y disfruta una enormidad librándose agresivamente de él y en especial disfruta al oírlo tintinear cuando choca con el suelo.

Al final de esta tercera fase tiene lugar, bien cuando el niño desea reunirse con el bajalenguas en el suelo o se lo mete en la boca y vuelve a jugar con él, o bien cuando se aburre de este objeto y quiere coger cualquier otro que esté a mano. (Winnicott, 1979, p.81, p.82)

Al haber resumido el instrumento de investigación, el autor resalta que cualquier variante podrá ser pensada como significativa.

La variación principal y más interesante la constituyen la hesitación inicial, que o bien es exagerada o brilla por su ausencia. (...) Si la inhibición es marcada, habrá un grado más o menos pronunciado de aflicción, la cual, a decir verdad, puede llegar a ser muy aguda. (...)

Casi con toda seguridad hay una correlación entre estas y otras variaciones de la norma y la relación del niño con los alimentos y las personas. (Winnicott, 1979, p.84, p.85)

Es de gran valor esta observación, que en este caso está construida por Winnicott para bebés de esa edad. Sin embargo, abre la posibilidad de construir nuevas escenas fijas para observar las reacciones de niños y niñas de edades más avanzadas. Como ingenio para estar atentos a ciertas manifestaciones u omisiones.

Hilvanado a esta presentación es oportuno mencionar a Ricardo Rodulfo, quien en el artículo: La secuencia-Winnicott y su utilidad para la localización de las inhibiciones, dentro de la revista Actualidad Psicológica, propone que la clínica nos lanza a preocuparnos más por las inhibiciones, de

manera responsable. En esta línea, hay coincidencia en cuanto a develar la ausencia de escritos sobre este tema. Rodolfo plantea que:

Si alguien nos lo preguntara le diríamos que una patología cualquiera con una proporción más elevada de inhibiciones que de síntomas reviste de hecho mayor gravedad y tiene peor pronóstico (...). Y cuando tenemos la oportunidad de seguir de cerca un largo y cronicado proceso de inhibición experimentamos la impresión de encontrarnos ante una enfermedad más degenerativa que, por ejemplo, infecciosa (...). Y no estamos pensando en casos llamativos, extraordinarios, sino en una abundante multiplicidad de formas lindantes con o mimetizadas como "normalidad". (Rodolfo, 2009, p. 2)

De allí la importancia de poner bajo la lupa los indicios que pueden presentarse en la clínica con niños, de procurar detectar, captar los aspectos que den cuenta de las inhibiciones. Más adelante del citado artículo, recorre el autor ciertos atisbos a tener presentes:

En el niño ya encontramos índices claros de estos procesos, índices de procesos avanzados o de procesos que cursan en esta dirección:

- Ya durante los tiempos de la deambulación, un funcionamiento en "cámara lenta";
- apagamiento de la *alegría*, afecto central cuyo destino es central en la existencia;
- apagamiento también del *asombro* como posición originaria del bebé;
- acentuadísimo ya en tiempos escolares, marcada tendencia al aburrimiento, un existenciario al que nos vemos obligados a prestarle cada vez mayor atención;
- reducción manifiesta de un área de actividades -sean físicas, sean intelectuales- por razones no asignables a pasiones o capacidades personales que promuevan desarrollos desigualmente expandidos, léase inhabilidad para los deportes o imposibilidad de investir la lectura;
- débil vinculación con pares o una sociabilidad nutrida de una incapacidad para estar a solas sin aburrirse.

Podríamos seguir.

O terminar por ahora resumiendo en algo como menos *vivo*, la inhibición como una noxa que daña la alegría de vivir y su flujo espontáneo dadas ciertas

condiciones mínimas. Pero entonces hay que cuidarse de distinguirla de la depresión. En primera instancia, un hilo como el del aburrimiento (/abatimiento) nos puede guiar; además, la autoestima no entra verdaderamente en juego. Y la inhibición anuda un comportamiento “monopolar”. (Rodulfo, 2009, p.2)

En correspondencia con la detección de las inhibiciones Rodulfo va a describir las consecuencias de las mismas con los aspectos silenciosos y con la inyección del factor tiempo, diciendo:

El establecimiento largo de inhibiciones socava sin estridencias (trabajo mudo, como el de la pulsión de muerte ficcionalizado por Freud) aquello viviente, lo *apolilla*; de mínima, lo amortigua quitándole el interés de la intensidad. “Un poco menos” “un poco más bajo” “un poco más blando”: inocentes apariencias.

Para clarificar su malignidad hay que introducir sistemáticamente la temporalidad: la inhibición necesita de tiempo para sus estragos y comerse el tiempo es uno muy mayúsculo de ellos. (...) El avance de la inhibición en el tiempo genera un giro circular tan vertiginoso que simula la detención en un punto. (Rodulfo, 2009, p. 3)

Leyendo la secuencia que Winnicott estableció en tiempos que estructuran la actividad más organizada y propia del bebé, Ricardo Rodulfo llega a referenciar el turno del concepto de inhibición. Hace referencia a que:

El concepto siempre se usó de manera más o menos vaga o global, pese a la frecuencia clínica de inhibiciones de detalle, altamente singulares. (...) Hasta ahora predominó el trazo grueso.

Pero si empezamos la secuencia-Winnicott y la aplicamos a las inhibiciones se nos abre por primera vez la oportunidad de localizarlas más “microscópicamente”. La pregunta será: ¿adónde inciden más, en qué tramos predominan? (Rodulfo, 2009, p.3)

Marco teórico.

¿Cuándo y cómo pueden presentarse las inhibiciones en la niñez?

Para poder responder este interrogante será preciso desarrollar conceptos que atañen a la clínica psicoanalítica con niños, de los cuales se sirve el analista para poder trabajar en este período de la vida.

Se comenzará por el concepto de niñez. Para luego dar cuenta de qué se entiende por: cuerpo, yo, je, moi, yo ideal, ideal del yo.

Capítulo aparte será para juego y dibujo.

Para luego detenerse en lo que implica que haya inhibiciones en la niñez. Quizás, a modo de adelanto, concibiéndolas como una respuesta posible, entre otras. ¿a qué? Allí será posible reflexionar sobre la contemporaneidad que atraviesa esta época.

Concepto de niñez.

Historizando qué es un niño, su concepto, se puede afirmar que cada época tiene el suyo, como así también el discurso del psicoanálisis lo tendrá.

La palabra niñez está formada por la palabra niño, más el sufijo de cualidad, -ez. El vocablo niño viene de una voz expresiva, onomatopéyica, propia del lenguaje infantil, ninnus, niño, la cual fue adoptada por la población adulta. Una voz con una ñ nasal, sonora. Una voz a ser escuchada, oída, vista, un sonido a onomatopeya que se diferenciará en cada niño y niña. A diferencia de infancia, del latín infans, que significa “el que no habla”.

El psicoanálisis toma distancia del concepto de infancia promovido por la psicología y la pedagogía, donde el niño se determina ubicándolo en etapas evolutivas, en las cuales les corresponde pasar a cada niño y niña por períodos esperables, con ciertas características normales.

Cabe la pregunta ¿qué es un niño?, desde la perspectiva psicoanalítica. Ya que de esa respuesta dependerá la posición que se tome como analista y la correspondiente dirección de la cura, como así también, el fin de análisis.

En el libro Clínica psicoanalítica con niños, púberes y adolescentes (2009), Silvia Tomás plantea este interrogante para decir que:

En el tratamiento con niños, púberes y adolescentes, *no desconocemos los tiempos cronológicos*, los de la diacronía, sin embargo, no nos ubicamos en una perspectiva “evolucionista” de la niñez y de la adolescencia.

Pensamos en los tiempos “lógicos” de la constitución subjetiva, tiempos que comienzan a jugarse ya desde el deseo de la madre (...) antes de que el infans llegue al mundo, incluso antes de que sea viviente, nos encontramos con los tiempos de la *alienación*, los de la *separación*, los de la *de constitución fantasmática*, tiempos de identificación que se inaugurarán en la infancia y se refrendarán en la adolescencia con la segunda vuelta edípica. (...)

Desde esta perspectiva acompañamos al sujeto por venir en los tiempos de engendramiento del objeto del cual dependerá su posición deseante. (p. 21)

Es decir que la constitución de la subjetividad está en relación a las operaciones esenciales de *alienación* y *separación*. Siendo la primera una operación en relación al significante, fundadora del sujeto del inconsciente en tanto sujeto de las formaciones del inconsciente, y la segunda, la separación, una operación que tiene relación al objeto, objeto causa del deseo, dependiente de la demanda para su producción. Donde su referencia no es el discurso del Otro, sino su deseo. (p. 22)

Retomando, la importancia de tener claro con qué concepto de niñez se trabaja desde el psicoanálisis es el punto de partida. Estos tiempos lógicos, que no son sin los cronológicos, constituyen la subjetividad. Delimitar por cuál de ellos atraviesa el niño o la niña, en el momento del análisis, es fundante para definir cómo trabajar, con qué recursos, como, por ejemplo, juegos, juguetes, dibujos. Con los padres, con la escuela si lo amerita.

En *El niño freudiano* (2023), Jorge Palant invita a realizar un recorrido de las figuras y manifestaciones estéticas sobre las que el psicoanálisis hizo referencia. Senda hacia el niño del psicoanálisis:

En principio, se trata de cuando la estética se articuló a un énfasis freudiano: “His Majestic the Baby”. La Sagrada Familia (ambos temas renacentistas por excelencia), habrá de transformarse, a partir del poder de la Iglesia (no solo él, pero nunca sin él), en *La familia es sagrada*, inversión de la posición en la frase entre sustantivo y adjetivo que modifica esencialmente su contenido. (...)

Caravaggio, atravesado en su odisea personal por la Contrarreforma, se somete y rechaza en un mismo movimiento los contenidos que la iglesia le ofrece tanto como le reclama: La Virgen con el niño, sí, pero la Virgen del Rosario, la Virgen de Loreto o de los peregrinos, ambas vírgenes de los pobres. (p. 62)

De “His Majestic the Baby” no se sabe si es niño o niña. Eso nos permite articular lo que Freud sostuvo tempranamente en el inicio del Edipo, cuando niño y niña todavía no se diferenciaban, tal como Lacan los ubica cuando el *niño/a son* el falo de la madre y la castración no ha operado sobre él.

Freud escribe esa frase en la “Introducción del narcisismo”, poco antes de “Pulsiones y sus destinos”. Son tiempos de intersección entre sexualidad y lenguaje. (...)

En numerosas *Madonne con el niño*, este aparece *adherido* a la madre, es pasivo, está quieto, haciendo con ella un solo cuerpo; no encontramos la misma quietud en la *Madonna* que Miguel Ángel esculpió en la iglesia de Nuestra Señora, en la ciudad de Brujas. En esa figura hay signos del leve movimiento que manifiesta el cuerpo del niño mientras la Virgen dormita y él pareciera “planear una escapada”, escurriéndose entre las piernas de la madre. (p. 63)

Este camino recorrido por la figura del niño en las manifestaciones estéticas donde, desdibujadas o difusas, siempre están con la madre, llevan a interrogarse acerca del padre, su ausencia de dichas obras.

Hay una cronología dada por los pasos del engendramiento y nacimiento del *niño* sobre el que se construye la saga religiosa: “La anunciación”, el ángel Gabriel anunciándole a la Virgen María que llevará en su vientre al hijo de Dios; “La Madonna del parto”, iconografía del dogma de la Encarnación; “La Virgen con el niño”; “La Sagrada familia”; “La huida a Egipto”; “La crucifixión”. En la Anunciación se nos dice que María Virgen *llevará en su vientre al hijo de Dios*. Lo que no se nos dice es que Dios haya sido *nombrado* Padre. En las siguientes iconografías el padre del niño no forma parte de ellas, no está. (...) Hemos pasado de la pregunta por el niño (del psicoanálisis) a la pregunta por el padre. Es un cambio de escena que nos lleva de la Saga Cristiana al cruce del narcisismo con la metapsicología primero y al Edipo freudiano después, previo pasaje por “Pulsiones y sus destinos”. (...) Freud anuncia la

represión: lejos de la Anunciación a María, el niño del narcisismo es recorrido en tiempo lógico por la represión y la castración: se trata del padre. Lacan dirá *función paterna*. Nombre del Padre, Nombres del padre. (p. 64)

Para finalizar el autor reflexiona planteando interrogantes que abren a pensar el niño del psicoanálisis, lugar en las estructuras clínicas.

El niño freudiano, ¿es el niño del psicoanálisis, producto de necesarias afirmaciones, cruces, desencuentros y torsiones topológicas? ¿Habrá de ser el nombre de la polimorfa sexualidad infantil que habilita para siempre la sexualidad del adulto? Si *niño* fuera el nombre de la estructura, ¿lo será en tanto delimita el campo que hará visibles las estructuras clínicas? Si *niño* fuera el nombre de la estructura, decir *niño del psicoanálisis* ¿sería, entonces, nombrar el nudo que articula pulsión, demanda, sujeto, repetición? O sea, ¿el Inconsciente?

Si no, ¿qué dibujaría el niño *entre*, ese que la estética mantuvo adherido a la madre hasta que la estética misma lo esculpió dispuesto a alejarse? ¿No se empieza a dibujar la pulsión, ir hacia el Otro para volver sobre sí mismo? ¿No es tiempo de alienación y separación? El niño del psicoanálisis es la estructura que Freud llamó Inconsciente. (p. 65)

Constitución psíquica: Je y moi.

En principio, es preciso aclarar la cuestión idiomática del francés. En este idioma, a diferencia del español, hay dos acepciones para referirse al yo. Por un lado, está el je, pronombre personal de la primera persona del singular, que siempre cumple función de sujeto y va antes del verbo. Por ejemplo, je suis: yo soy.

Por otro lado, el moi, que también es pronombre personal, pero según el caso puede desempeñar distintos papeles, puede ser: yo, mi, mío, conmigo, para mí. Por ejemplo, avec moi: conmigo, moi aussi: yo también. Se utiliza como yo, cuando no hay verbo.

¿Para qué Lacan utiliza esta diferenciación? En su primera etapa de enseñanza la usa para diferenciar, para criticar los deslizamientos, errores de lectura, de traducción que hicieron los posfreudianos de los textos de Freud.

Al je, Lacan lo ubica como punto estructural, necesario para fundar la existencia de lo que llamará el sujeto del inconsciente, donde el je establece la posición simbólica del sujeto del enunciado. A diferencia del moi, que es un yo como construcción imaginaria, no como función, sino como imagen. A esto se refiere cuando se habla de las instancias del yo.

Esta diferencia a Lacan le sirve para varias cosas, una es recalcar cierta diferencia de la lectura en torno al cogito cartesiano, por ejemplo.

Tiene entonces, al je como conjunto vacío, como función de sujeto, pero no es el sujeto, ocupa una función como borde, frontera, límite. Por otro lado, tiene al moi que habita una función de síntesis, de unidad. Es más, para Lacan funda la subjetividad moderna, responsable de la unidad consciente, la “transparencia” donde uno siente captarse como unidad, totalidad. Esta unidad no es lo que le interesa al psicoanálisis, al menos no es de donde se hace un análisis, pero no se es sin eso, esta constitución yoica es necesaria. Si en principio no hay construcción como imagen, no habrá nada. Esta concepción de unidad tiene su sustento para Lacan en el Estadio del espejo, explicación constitucional del yo, argumentación del narcisismo freudiano, el nuevo acto psíquico, que implica esta imagen en el espejo que genera una totalidad, una Gestalt, que no es sin una aseveración exterior, la mirada del Otro de la cultura, la madre o quien haga las veces de. Es una imagen ficticia, pero en cierto punto, arma la matriz que es más constituyente que constitutiva, donde la inserción de lo simbólico implica la construcción del establecimiento de la totalidad imaginaria.

En el primer párrafo del Estadio del espejo, Lacan ubica fervientemente que, comprender el desarrollo subjetivo del humano a través del estadio del espejo, es contrario a toda filosofía cartesiana. El “pienso, luego existo”, sería el equivalente a que uno existe porque piensa, con cierto marco de consciencia, de control, todo aquello que se piensa estaría dentro del conjunto de lo consciente. Justamente Lacan se diferencia de ello, para quien el “pienso, luego existo”, sería más bien un: si pienso, no existo, o si soy, no pienso. Destacando este descentramiento del sujeto, las verdades del inconsciente, por fuera de toda consciencia. Diferenciándose del moi, que apuntaría a lo preconsciente, consciente, desde donde se pensaría, desde donde se podría hacer una introspección.

Si algo escapa a la consciencia, son justamente las formaciones del inconsciente, como los lapsus, síntomas, chistes. Entonces, lo descentrado de la relación del yo aparece en la emergencia del sujeto, aparece en la función de sujeto que tiene el je.

Construcción del cuerpo.

Estrechamente vinculado al Estadio del espejo se encuentra la idea de cuerpo fragmentado. En el espejo, el infante ve su reflejo como un todo, pero, inversamente percibe como dividido y fragmentado su propio cuerpo, ya que en esa etapa todavía carece de coordinación motriz. La angustia suscitada por esta sensación de desmembramiento impulsa la identificación con la imagen especular, que lleva a formar el yo. Por el recuerdo de esa sensación de fragmentación, el yo se verá amenazado de manera continua, por ejemplo, en las imágenes de castración, mutilación, devoramiento, estallido del cuerpo, que pueden aparecer en la imaginación humana, en los sueños, en las asociaciones del analizante.

Por lo tanto, el cuerpo fragmentado no sólo designa las imágenes del cuerpo físico, sino también, cualquier sensación de fragmentación y de falta de unidad.

Lacan diferencia tres cuerpos, imaginario, simbólico y real.

El cuerpo imaginario, es el nombrado anteriormente, el del Estadio del espejo, donde se constituye la imagen del cuerpo y en forma correlativa se origina el yo. Esta matriz unificante se edifica a partir de la imagen que le devuelve el Otro a través de su mirada. Imagen especular resultante del cuerpo real, orgánico, de esa imagen del Otro y del deseo del Otro.

Este cuerpo imaginario es además el saco roto de los objetos *a*, de los trozos de cuerpo imaginariamente perdidos, como se dijo anteriormente, esos fragmentos de cuerpo como remanentes. Los más típicos son el seno materno, las heces, la voz, la mirada, incluso el falo en tanto faltante. Por tanto, esta falta constituida por el objeto *a*, causa el deseo. Esta falta es la que justamente mueve la búsqueda en el cuerpo del otro, en minúscula, de un objeto *a*, imaginario, de un falo imaginario, que viene a tapar esa falta fundamental. Se busca en el otro

la forma de tapar la falta. Esta búsqueda implica la erogenización de zonas con orificios pulsionales en el cuerpo.

Freud decía que la sexualidad está compuesta por algunas pulsiones parciales, como la pulsión oral y la anal, cada una especificada por una fuente diferente, una zona erógena diferente. Al principio estas pulsiones componentes funcionan de modo anárquico y con independencia, de allí la perversión polimorfa de los niños, pero en la pubertad se organizan y actúan bajo la primacía de los órganos genitales. Lacan subraya la naturaleza parcial de todas las pulsiones, pero difiere de Freud en dos consideraciones.

Por un lado, rechaza la idea de que las pulsiones parciales puedan alcanzar alguna organización o fusión completas, y sostiene que la primacía de la zona genital, si acaso se la logra, es siempre sumamente precaria.

Por otro lado, dirá Lacan que las pulsiones son parciales, no en el sentido de que sean partes de un todo, sino porque sólo representan la sexualidad; no representan la pulsión reproductiva de la sexualidad, sino la dimensión del goce.

Lacan identifica cuatro pulsiones parciales: la oral, la anal, la escópica y la invocante. Cada una es especificada por un diferente objeto parcial y una diferente zona erógena. La pulsión oral tiene por zona erógena los labios y el objeto parcial es el pecho. La pulsión anal, se especifica en la zona erógena del ano y su objeto parcial son las heces. La pulsión escópica tiene por zona erógena los ojos y su objeto parcial es la mirada. Por último, la pulsión invocante tiene su zona erógena en los oídos y su objeto parcial es la voz.

La erogenización de las partes del cuerpo, que de esta manera intenta unificarse, habla del recorrido de las pulsiones. La pulsión oral y anal se relacionan con la demanda. La escópica y la invocante se relaciona con el deseo.

Otro cuerpo del que habla Lacan es el cuerpo simbólico, cuerpo de los significantes que conciernen, por ejemplo, la identidad, nombre, apellido, el lugar que se ocupa dentro de la genealogía de la familia, el sexo biológico, etc. A todo esto, que viene a significar, incluso antes de nacer, esta herencia que el sujeto trae, se añaden los significantes que vehiculan los deseos, ya sean conscientes o inconscientes del Otro, ejemplo, de los padres, principalmente de la madre.

Deseos que vienen a constituir la alienación simbólica del sujeto. Dicho de otra manera, a todos los significantes que habían abordado al sujeto antes de nacer, se suma otro signifiante muy importante que es el deseo del Otro. En la niñez, algunos de estos significantes se inscriben en la memoria psíquica, pero habrá otros que se inscriben en el cuerpo, se agravan en el cuerpo, el cuerpo es hablado y habla.

Por último, está el cuerpo real, el de lo imposible, al que no se puede acceder ni por lo imaginario ni por lo simbólico. En este imposible del cuerpo aparecen los límites como, por ejemplo, la diferencia anatómica de los sexos y la muerte. El cuerpo está condenado a pertenecer a uno de los sexos anatómicos, como así también a la muerte, a la desintegración. Lo real es lo imposible porque es imposible de imaginar, de integrar en el orden simbólico e imposible de obtener de algún modo. Es este carácter de imposibilidad y resistencia a la simbolización lo que le presta a lo real su cualidad esencialmente traumática. En su lectura del caso de Juanito, Lacan distingue dos elementos reales que se inmiscuyen y rompen la armonía preedípica imaginaria del niño: el pene real que comienza a hacerse sentir en la masturbación infantil, y la hermana recién nacida.

Yo ideal e ideal del yo.

La constitución del yo se da por medio de dos articuladores. El primero es el yo ideal. Es decir, la constitución del narcisismo implica un yo ideal, instancia imaginaria, imagen ilusoria que se tiene de sí mismo, imagen ficcional, perfecta, total, que se tiene de sí mismo. Es pura proyección, o sea, el sujeto se proyecta con su yo ideal. Ese yo ideal viene de un otro, porque en el momento del autoerotismo, es del otro que vienen los primeros cuidados que libidinizan el cuerpo, de ese otro llega el yo ideal. Luego ese yo ideal se vuelve propio, el sujeto se apropia de ese yo ideal, siempre acompañará al yo. El yo ideal se origina en la imagen especular del estadio del espejo, es una promesa de síntesis hacia la tiende el yo.

Además del yo ideal, la constitución del narcisismo se da por un soporte simbólico, instancia simbólica llamada Ideal del yo. La cual, precede en la existencia al sujeto. Es la cultura, el lenguaje, la ley que se transmite de

generación en generación. Es a lo que el yo tiende a poder incorporar, es pura introyección, incorporación. El yo aspira a poder cumplir con los mandatos de la cultura, los mandatos sociales, los designios del ideal del yo. El ideal del yo es el significante que opera como ideal, un plan internalizado de la ley, ubica la posición del sujeto en el orden simbólico.

Definiciones de juego.

El juego como material del trabajo analítico presenta distintas dimensiones que es necesario precisar; las cuales especifican variantes de la intervención y la operación analítica. Se tratará de dar cuenta de las perspectivas ante el juego de Sigmund Freud y de Melanie Klein. Por un lado, perspectiva freudiana del juego infantil, cumplimiento de deseos y fantasear. Compulsión de repetición. Por otro, perspectiva kleiniana el juego y la fantasía inconsciente. La técnica del juego: equivalencia con la asociación libre.

El psicoanálisis con niños fue el primer campo donde el método de Freud se aplica fuera del territorio de los adultos. Allí empiezan los problemas y variaciones que deben hacerse. Existen muchos aspectos en los que estos difieren, este recorte apuntará al papel del juego en el psicoanálisis con niños. Ya que, si bien Freud no trabajó con niños, su aporte desde la importancia del juego, la función psíquica que implica, la relación con la compulsión de repetición, es un pilar fundamental para pensar y definir la clínica con niños. Freud fue el primero en dar un estatuto al juego y lo hizo en su texto Más allá del principio del placer, donde describe el juego de su nieto de 18 meses de edad, que conocemos como el juego del Fort Da. A partir de tal observación y consideración como juego de esa escena, detalle para nada menor, ya que es necesario que desde el Otro se diga que se está jugando y no, por ejemplo, molestando. Retomando, a partir de dicha observación se interpreta que hay repetición de aquello que no se instala en el placer. Repetición de lo displacentero para ser luego placer en la actividad lúdica. Freud dice:

Comoquiera que sea, si en el caso examinado ese esfuerzo repitió en el juego una impresión desagradable, ello se debió únicamente a que la repetición iba conectada a una ganancia de placer de otra índole, pero directa. (...) También se observa que el carácter displacentero de la vivencia no siempre la vuelve inutilizable para el juego. (Freud, 1986, p.16)

Hay una inscripción más allá del principio del placer que insiste compulsivamente en que sea así. Jugando, el niño hace un trabajo psíquico y se va apropiando de los significantes que lo marcaron.

La relación entre el juego y la fantasía se haya en “El creador literario y el fantaseo”. Escribe Freud (1986): “Acaso tendríamos derecho a decir: todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio o, mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada” (p. 127). Donde prevalece el principio de placer-displacer, como en el sueño. El niño juega como un poeta que escribe, inventa y pone en el mundo las cosas, crea una nueva realidad. Resalta un gran valor al juego cuando compara al adulto y al niño. Dice Freud (1986):

El adulto deja de jugar; aparentemente renuncia a la ganancia de placer extraída del juego. Pero quien conozca la vida anímica del hombre sabe que no hay cosa más difícil para él que la renuncia a un placer que conoció. (...) Así el adulto, cuando cesa de jugar, solo resigna el apuntalamiento en objetos reales; en vez de jugar, ahora fantasea. (p. 128)

Surge el interrogante acerca de la asociación libre, punto central al que llega la teoría freudiana después de avatares que sorteó, ¿con niños sería posible también? Es el límite que hubo que pensar para trabajar con niños. Y esta pregunta hoy, después de más de cien años, es necesario continuamente tener presente, y revisar.

En aquel entonces la figura de Melanie Klein contribuye, desde su vasta experiencia y contribuciones teóricas, a aportar luz sobre esta cuestión. Entre otras psicoanalistas es pionera en el trabajo, investigación y difusión del psicoanálisis con niños. Si bien es importante tener en cuenta la época histórica del psicoanálisis, no está demás decir que hoy en día hay resabios de su teoría muy fuertemente marcada. Ella plantea que el juego es el equivalente a la asociación libre. Encuentra que en el juego hay fantasías inconscientes.

La concepción kleiniana del juego se direcciona como descarga pulsional, y muchas veces de la pulsión mortífera.

El juego es una traducción de la fantasía a la acción, de una forma literal y directa. Melanie Klein (1974) refiere:

El niño expresa sus fantasías, sus deseos y experiencias de un modo simbólico por medio de juguetes y juegos. Al hacerlo, utiliza los mismos medios de expresión arcaicos, filogenéticos, el mismo lenguaje que nos es familiar en los sueños y sólo comprenderemos totalmente este lenguaje si nos acercamos a él como Freud nos ha enseñado a acercarnos al lenguaje de los sueños. (p. 11)

Si bien son para subrayar sus contribuciones, no se dejará pasar por alto las cuestiones criticables a dicha consecución de interpretar todo, furor de interpretación, todo el tiempo de la sesión, a distancia del paciente mismo, como si fuera un texto que inevitablemente debería ser interpretado para que tenga sustento. Se supone que responde a la urgencia por resolver aquello que aún no estaba teorizado en relación al análisis con niños, con la inmediatez, lo cual está definitivamente en las antípodas del campo psicoanalítico. Además, deja por fuera al paciente, lo reduce a un juego. Para Klein todo es interpretable.

El juego es importante, pero un niño no es juego solamente. No es la única vía al inconsciente. En la situación analítica con niños surgen diferentes manifestaciones, como destaca Carlos Tkach (2014):

(...) juegos escenificaciones con juguetes; juegos representaciones teatrales con o sin objetos; actividades lúdicas diversas; dibujar; todos estos en tanto juegos a solas o jugando con el analista (...); las comunicaciones que nos hace jugando; comunicaciones del juego mismo o directas de hechos, de acontecimientos, de pensamientos, sueños, comentarios, recuerdos, ocurrencias; los diálogos que pueden establecerse con el niño (...). (p. 18)

Y muchas más que hacen pensar en que la labor analítica con niños no se limita al espacio y hora de juego.

Invitar a un niño a jugar es invitar a trabajar psíquicamente. El tratamiento es trabajo psíquico.

Jugando, el niño elabora situaciones de la vida diaria, haciendo una labor psíquica que tiene una especificidad, una lógica y una finalidad. Como así también, jugando, los niños perciben su cuerpo y el mundo que los circunda. Como analistas hay que tener muy en cuenta este material analítico,

el juego, porque si esto ocurre implica que hay un niño, y no el adulto, o el ser objeto de satisfacción de sus padres. El niño dirige su interés al juego, más allá de lo que se plantea en escenas fantasmáticas de los padres.

Como conclusión entre estas dos perspectivas, Freud como autor de las bases del psicoanálisis, y la de Melanie Klein, una de las pioneras del psicoanálisis con niños, se encuentra que ambos aportan en el recorte de la manifestación del juego como trabajo psíquico. Desde la escritura de la presente tesis se discrepa en pensar solamente la actividad lúdica como aquello a interpretar, tal como sostiene el modelo kleiniano. Quizás esto respondía a la imperiosa necesidad de ajustar el psicoanálisis de adultos a los niños. En la actualidad, si bien se considera al juego como una manifestación del trabajo psíquico destacable, es parte de la sesión en la labor con niños, la cual incluye otras manifestaciones también. Lo importante es que se trabaja frente a un paciente con su padecimiento, y no con la premura de dónde se obtendrá el material para trabajar. Esto surge en el encuentro y es caso por caso.

Apelar a la relectura de Freud, del texto Más allá del principio del placer, yendo a contrapelo de cómo leer el juego o el por qué el autor lo desarrolla allí, son cuestiones a considerar. La oportunidad de reflexionar acerca de lo obvio, de lo esperable, romper con el molde de que aquello que se presenta en la clínica se debería encajar a la teoría, cual tendencia kleiniana, permite obtener otras consideraciones.

A continuación, se citará un material clínico para compartir una lectura del juego, diferente a lo obvio:

Malena tiene 7 años, es única hija, sus padres están separados, sin embargo, aún viven en la misma casa, a la espera de terminar un departamento lindero al cual irán a vivir la niña y su madre. La mamá llega a la consulta muy preocupada por las consecuencias que este conflicto de pareja le pueda provocar a la niña. La ve angustiada por momentos y refiere que fue testigo de una discusión violenta entre ambos padres.

En el consultorio, Malena llega con una bolsa de juguetes que pone sobre una mesa y arma un escenario. Esos juguetes son dos muñecas Barbie, un sillón de madera donde las ubica, una mascota de peluche. Todo ello forma parte de

una casa, relata. Al lado de esa casa hay otra donde viven tres muñecos de una película de animación llamada "Coraline y la puerta secreta". Estos son: una mamá, una hija y un niño que es amigo de la protagonista de ese largometraje. Ante la primera apariencia se presentaría este despliegue como un juego donde las nuevas vecinas del barrio son las Barbies, que Malena les presta la voz y siempre se repite el diálogo de ir a presentarse a la casa de al lado, donde viven los otros personajes, quienes no están muy felices de que esto ocurra. La historia continúa con que estos vecinos eran los reales dueños de la casa nueva e interrumpen la cotidianeidad de las inquilinas transformándose en fantasmas para ahuyentarlas.

Este posible juego, donde los juguetes son personajes que cuentan una historia, escena narrada por Malena que repite en varias sesiones.

Lo que ocurre previamente al final de cada sesión es que cuando la madre la viene a buscar, la niña dice que se va a esconder dentro del consultorio para que la mamá no la vea. Puede pensarse que todo es un juego, la escena narrada de Malena más el juego de esconderse, aunque en este último acto no hacen falta muñecos que hablen, ni casas construidas, ni mascotas, ni fantasmas. Sino una hija escondiéndose para no ser vista por la mirada de su madre. Se insiste en remarcar esta secuencia para subrayar lo que allí se reitera, o se construye una y otra vez, la repetición puesta en marcha y la pulsión escópica puesta a recorrer el cuerpo de esta niña, delimitando, produciendo placer. Si bien dentro del consultorio hay pocos lugares donde esconderse, Malena es alta, robusta, sería difícil esconderse literalmente, pero en sus movimientos, se agacha, se tira al piso, debajo del diván, fantasea con ser invisible. Ella se esconde y pide que se corrobore si se la ve, para después hacer pasar a la madre. Y en ocasiones también al padre, cuando él la acompaña. Ante el encuentro con la mirada de ellos, la niña sonrío. Cronológicamente Malena tiene 7 años, este juego podría ser pensado, desde la obviedad, para un niño más pequeño, pero la pulsión no sabe de edades, y allí está recorriendo, contorneando, escribiendo.

No se sabe si directamente tendrá relación con la situación familiar actual, con la futura mudanza, si es vivir activamente lo que pasa en su casa, esto desde una perspectiva psicologista podría ser lo que representa con los juguetes.

Eso depende que idea del juego se tenga, pero en este recorte del material clínico, se toma como propio y subjetivo el despliegue que la niña hace, juega, articula, pone en juego su singularidad. En el vínculo con la mirada. Cabe mencionar que dicho material clínico transcurrió durante la pandemia acaecida, con las consecuencias del aislamiento y limitados lazos con el afuera, la presencia constante sin posibles cortes, casi sin ausencias. No había escuela, el trabajo de los padres era desde la casa. Las miradas eran sin discontinuidad, la ausencia era ausente, inevitablemente esto algo produjo.

Podemos pensar que lo obvio es jugar con juguetes, los que ella llevó. Lo que no es obvio, desde esta lectura es pensar que, en ese juego a las escondidas, se pone de manifiesto lo simbólico, no estoy- acá estoy, no me ves-me ves. La angustia podría estar allí representada. En este circuito pulsional la pulsión escópica recorre haciendo borde.

También la pulsión de apoderamiento, en tanto lo muscular, sus movimientos la ayudan a no dejarse ver, y a la vez producir un agujero en el Otro, con su ausencia. El juego como función constituyente del sujeto.

En relación al juego de la sabanita Luciano Lutereau (2013), en su libro *Los usos del juego*, dice:

Diferentes juegos tradicionales pueden mencionarse para dar cuenta de la forma de constitución del objeto escópico como resto. Por ejemplo, no hay más que recordar aquel que suelen destacar casi todos los psicoanalistas que se han dedicado a la cuestión: el “juego de la sabanita”, por el cual un niño encuentra cierta satisfacción en la presencia-ausencia del Otro, aunque también cabría recordar la variación que -en función de que el niño sea nombrado (“¿Dónde está x? Acá está”) propone la célula básica del escondite para este último. En una descripción muy próxima a la del nieto de Freud cuando jugaba frente al espejo (...), puede pensarse que este juego actualiza una primera posibilidad de la pérdida para el Otro; dicho de otro modo, de la operación de restarse que constituiría al sujeto en función del deseo del Otro. En este caso, el resto se presentaría como causa de una visión que interroga el espacio en busca de ese objeto que falta.

En esta célula básica se encuentra la estructura formal de varios otros juegos, como la escondida (en la que alguien debe cegarse antes de comenzar a ver), el veo-veo (en el que el partenaire sostiene la función del Otro al proponerse como soporte de la extracción del objeto que causa la búsqueda), etc. (p. 81)

¿Por qué dar por hecho de antemano que usar juguetes es jugar? No caer en la tentación cómoda de leer siempre de la misma forma a lo que los niños juegan en general, ni mucho menos cada vez con el mismo niño. Eso obtura la lectura, deja ciegos, sordos y sin poder hacer mucho. Es sumamente importante tomar al juego como el recorrido que el sujeto hace para poder transformar la realidad.

En Más crianza, menos terapia Luciano Lutereau (2018) refiere:

Lo importante aquí es tener en cuenta que el juego a veces no se muestra como tal, que puede haber juego en actividades que parezcan todo lo contrario. Que el juego no es lo que se muestra cuando se le dice al niño <<jugá a tal cosa>>, porque el juego no es un <<yo juego a tal cosa>>, ya que, por lo visto antes, en el juego, queda en suspenso el yo y como actividad no puede ser reconducida a lo utilitario cuando hago algo por tal motivo u otro. (p.23)

La palabra obvio indica algo claro, que no presenta dificultad y proviene del adjetivo en latín *obvius*, derivado del adverbio *obviam*, compuesto de *via* 'camino' y el prefijo *ob* 'delante de, frente a'. *Obvia mire* se empleaba en latín en el sentido de 'salir al paso, de poner freno a algo o a alguien'. De ahí el adjetivo *obvius* 'que está enfrente, que sale al encuentro', y también 'al alcance de la mano, asequible'. En latín no tenía el sentido actual de 'evidente, claro'. El cultismo obvio en castellano está documentado sólo desde el año 1739. De obvio se deriva obviar 'apartar o quitar de en medio un obstáculo o dificultad'.

Por lo tanto, en relación al juego, a veces lo obvio, lo que supuestamente sería juego, puede confundir, tomar el camino errante. El juego como parte del análisis, como texto a ser leído, propone que se obvie lo obvio.

El dibujar en la clínica psicoanalítica con niños.

El dibujo es una primera escritura que formará parte de una secuencia en las sesiones en las que se trabaje con el niño, es un texto a ser leído. El dibujo es parte, no totalidad, a analizar. Es parte como también lo será el juego, los juguetes, la escritura, la música, la masa a modelar, la teatralización, los sueños, los diálogos, todo el material lúdico que pueda surgir en las sesiones; así como aquello que no surja, los silencios, la quietud. Es un eslabón más en la cadena donde se expresa el niño.

El primer dibujo es el que se produce en el encuentro entre las necesidades del niño y la función materna, en esa escritura corporal, que dibuja su cuerpo. Lo cual después le permitirá al niño, el dibujo del mundo. Es una condición para que haya dibujo. Marisa Punta de Rodolfo (1993) en *El niño del dibujo*, dirá:

(...) se *dibuja cuerpo* si se produce una inscripción erótica positiva, pero se dibuja agujero si el desencuentro entre la madre y el niño, que en ese momento se experimenta como el desencuentro entre el niño y otra parte de sí, produce una inscripción tanática negativa. (p. 131)

Hacerse de un cuerpo capaz de dejar una marca, es la condición imprescindible para poder dibujar. Para dibujar con las manos será necesario que estas estén constituidas subjetivamente, punto de llegada de un largo camino que parte del cuerpo materno.

Lo gráfico, el dibujo en la clínica psicoanalítica tiene su antecedente en Freud y en la interpretación de los sueños. Como así también su forma de interpretarlos, descifrar los significantes que se repiten, la búsqueda de las secuencias:

(...) en tanto escritura de un deseo inconsciente que no se aprehende directamente sino el curso de múltiples trasposiciones y deformaciones, el sueño aparece como una *producción*, fruto de un *trabajo* del psiquismo, y de ninguna

manera como una simple expresión o traducción. Sobre estas bases así establecidas para el sueño hay que considerar la problemática que nos ocupa, la del grafismo infantil.

Sostengo que al situarnos frente a cualquier escritura en imágenes (trátase de grafismo, del modelado o incluso de aquello que en el juego mismo concierne a lo imaginario visual) debemos, ante todo, ser consecuentes con los procedimientos metodológicos construidos en los comienzos del psicoanálisis, justamente a propósito de un fenómeno como el del sueño que sólo devino “vía regia” para acceder al inconsciente cuando se lo pudo *imaginar* como escritura en imágenes. (Punta de Rodulfo, 1993, p. 24 y 25)

De allí la relevancia de no tomar como unidades separadas ni a cada dibujo emplazado en un soporte papel, o el material que sea, ni tampoco tender a darle a cada parte del dibujo un significado preestablecido, no hay rigurosidad de interpretación.

Los sueños y los gráficos son escrituras de imágenes, comparten la condición de la figurabilidad. Podrán representarse miedos, fantasías, atisbos de lo traumático, etc. Teniendo en cuenta a la niñez como un tiempo del psiquismo en constitución, el dibujo se emplaza allí, en tanto formación simbólica en su doble carácter constitutivo y terapéutico, como un terreno intermedio de experiencia. Frente a lo imprevisto, se restituye la categoría de lo pensable, a través del trazo que se establece en cada dibujo, en cada juego. Esta es la indicación de Marisa Punta de Rodulfo: resistir al sentido inmediato.

Si somos, entonces, consecuentes, la consideración que del grafismo hagamos será idéntica al examen de un sueño: no veremos allí una cosa signo analógico de otra en lo real y habremos de pensar en cambio en un enigma figural. Por ese camino, resistiendo a la tentación del sentido inmediato, se hace posible la interpretación de un dibujo siguiendo pautas ya clásicas desde la interpretación de los sueños. (Punta de Rodulfo, 193, p. 25)

Contextualizando esta época.

Hoy se transcurre en una época con características de globalización líquida, con movimientos históricos que implican deslizamientos de fronteras, sin encontrar fijeza, con efectos que no culminan de ordenarse u organizarse, no cesan de no ordenarse.

Los lazos al otro dejaron de estar sostenido en posibles garantías que antiguamente eran dadas. Esto repercute en la subjetividad de la época y tiene sus consecuencias.

Las familias tienen su readecuación, en el plano del anterior ordenamiento que sostenía la figura paterna tradicionalmente, la misma crisis epocal se la lleva, la hace caer. Esto tiene sus costos subjetivos por supuesto.

Existe un abarrotamiento, hartazgo de la imagen que alimenta un goce en total soledad, autista, en donde la circulación de la palabra en tanto lazo social con los otros está casi extinguida, y hasta supuestamente reemplazada por ofertas en el mercado de lo virtual. Esto inevitablemente tiene consecuencias en la estructuración psíquica y en el padecimiento que esta sofocación instala.

El sujeto dividido de Lacan es el resultado de su propia división constituyente, a partir de la dimensión simbólica de la falta en ser. Que inmediatamente da espacio al deseo. Actualmente la carencia de aquella falta, impulsada por cierta tendencia al goce, provoca un padecer multifacético.

Las diferentes presentaciones del goce en esta contemporaneidad, obturan el despliegue del deseo, por ende, un sujeto cada vez más anestesiado. O con respuestas frágiles, de alto costo subjetivo. En este plano se describirán desde autores que así lo trabajan, modalidades de pseudo solución al imperativo de goce.

Una de ellas, de la que tampoco se sabe tanto, como de las inhibiciones, es el dolor. Luis Guzmán en *Dolor imperativo* dice:

El dolor del que poco sabemos nos deja huérfanos. La naturaleza continua del proceso de descarga y la imposibilidad de inhibirlo dan origen al mismo estado de desamparo psíquico. Para Freud, el superyó también es imperativo y nos deja, como el dolor, en un desamparo psíquico. (Guzmán, 2023, p.44)

(...) ¿Qué es entonces el dolor mismo, del que poco sabemos?

Freud compara el dolor con los rastros que deja un rayo. Parafraseando al poeta: *El rayo que no cesa*: “Los niños pequeños hacen incesantemente cosas que aparejan riesgo de muerte, y por eso mismo no pueden prescindir del objeto protector. Sea que el yo vivencie en un caso un dolor que no cesa, en otro un éxtasis de necesidad que no puede hallar satisfacción, la situación económica es, en ambos, la misma, y el desvalimiento motor encuentra su expresión en el desvalimiento psíquico”.

No solo habla de la orfandad en la que deja al sujeto el dolor, sino también la imposibilidad de entrar en un encadenamiento de sinónimos o referencias en donde sostenerse.

(...) Casi se podría decir, invirtiendo el título de la novela de Camilo Gadda, *Aprendizaje del dolor*, que no hay aprendizaje del dolor. Como si no tuviera sinónimo ya que tormento, suplicio, tortura, acciones que causan dolor, pena, duelo, parecen ser solo efectos.

Freud afirma que es evidente que en el niño las vivencias de dolor son independientes de las vivencias de necesidad. Y que la condición genética del dolor pareciera tener poca semejanza con la pérdida del objeto. (Gusmán, 2023, p. 45)

Traerá una referencia antropológica, que calca el imperativo de goce, en este caso, en el fallido intento de ocultar el dolor.

En su libro sobre el dolor, el antropólogo F.J.J.Buytendijk señala con precisión que para la sociedad moderna la cuestión se reduce “por completo a la cuestión de la lucha contra el dolor, entonces queda sin tocar el aspecto doloroso de la experiencia del dolor”. Por lo tanto, al perder su “esencia”, lo resume de manera ejemplar: “El dolor no debe existir”. (Gusmán, 2023, p. 46)

El fallido intento de enmascarar el dolor se manifiesta en la huida, así lo plantea el autor:

Los verbos que dominan el carácter del dolor son bien descriptivos: “taladrar”, “golpear”, “cortar”, “pellizcar”, “quemar”; es evidente que a la lista podrían agregarse otros.

La huida está en relación con la posibilidad de escapar del dolor que lacera y solo encuentra en el grito una expresión posible. Si se trata del displacer, el hombre, según lo que plantea la psicología, tiene la posibilidad subjetiva de hacer algo con él.

¡Como si no hubiese un lugar donde esconderse del dolor! Los verbos que ya citamos indican que siempre dan en el blanco. Es como la libra de carne. Llegado el caso, ¿cómo se puede diferenciar entre el cuerpo y la piel? Borges, en su poema “Alguien soñará”, trata de conjurar el dolor con unas palabras cartesianas: “Soñará un mundo sin la máquina y sin esa doliente máquina, el cuerpo”. (Gusmán, 2023, p. 47)

En el plano del análisis propiamente dicho, ya Freud traía la posibilidad de que al dolor había que ponerlo en movimiento.

En Freud hay diferentes observaciones de la relación entre el movimiento y el dolor. Tomando como referencia principal el síntoma, el dolor es detención (síntomas de conversión, parálisis, etcétera). En ese sentido, síntoma y dolor tienen una relación íntima. En tanto detención, el síntoma es clausura o congelamiento del pasado. Freud, advirtiendo esto, siempre trató de desencadenar un movimiento, no solo recorriendo las vías de sobredeterminación del síntoma, sino también en otros planos: “la asociación libre” no tiene otra finalidad que esa. (Gusmán, 2023, p. 48)

Pero cuando esto no transcurre, la quietud del movimiento puede ser la calma que antecede al huracán, al tormento mismo de vivir dolorosamente.

Es posible que Lacan, cuando hace referencia a las formas tortuosas del barroco, advierta que esas formas torturadas (dolorosas) se presentan así porque están detenidas en su movimiento.

Como no sabemos mucho del dolor retomamos la cuestión: Lacan plantea, en el seminario de *La ética*, con respecto al dolor de existir característico de los estados melancólicos, cómo aparece ligado a la providencia, ya que el amparo ni siquiera sería estar en manos de la madre, sino de dios, según lo que reza

el versículo bíblico, ya que serían los lirios del campo quienes proveerán de alimento.

“Hemorragia psíquica” que produciría un desamparo psíquico. Como si se dijera que todos nacemos en ese desamparo, en ese instante en que la madre todavía no es la “representante” de esa anterioridad llamada *das ding*.

Entonces, el dolor de existir, ¿excedería los estados melancólicos y nombraría ese salir a la existencia cuando *das ding* no ha adquirido todavía, por vía de la sublimación, la dignidad de la cosa?

La respuesta parece estar entre paréntesis, por lo que el mismo Freud enuncia: “del dolor poco sabemos”. (Gusmán, 2023, p. 49)

Otra respuesta o al menos intento de, relacionado con el tema de esta tesis y con el dolor, trabajado en anteriores párrafos, son las depresiones actuales que bien retoma Massimo Recalcatti, para ofrecer otra pregunta, ¿son un nuevo síntoma?

En Depresiones contemporáneas, artículo que forma parte de la compilación Una práctica de la época: El psicoanálisis en lo contemporáneo, el autor plantea que la existencia está enmohecida:

El carácter estructural de la depresión, caracteriza la noción lacaniana de sujeto. El sujeto dividido de Lacan (...) es el sujeto que tiene justamente en la división, en su no coincidencia, el propio ser. La “falta en ser” es, en este sentido, la dimensión simbólicamente crucial de esta división “constituyente”. Su expresión real la encontramos en lo que Lacan designa en “Kant con Sade” como “dolor de existir”, como algo más radical que la “falta en ser”; mientras esta última da lugar al deseo, está en la raíz del deseo, revela la división subjetiva como manifestación de la metonimia del deseo; en cambio, el dolor de existir muestra la vida como separada del sentido, nuestro lo real de la existencia como irreductible a los semblantes imaginarios y simbólicos que ordenan la realidad. Mientras la falta en ser exhibe la división del sujeto en la forma del deseo, el dolor de existir revela esta división como “mufa”, “lesión”, “necesidad estúpida” de la existencia. (Recalcatti, 2005, p.66)

Esta división como mancha de humedad, mufa, rotura de la existencia camufla otra respuesta al imperativo de goce:

Lo real de la vida no es una bella forma, sino una “hinchazón”, un “moho”, un impulso a la muerte que contrasta con el ideal del “cumplimiento” y el del “progreso”. La función narcisística de la imagen y la del sentido buscan remediar y velar lo real bruto y escabroso de la existencia, pero lo real de la vida no puede ser sublimado ni en la especularización narcisística, ni en el aferrar del sentido.

La depresión manifiesta el lado de la lesión real de la división subjetiva; la llaga, el moho de la existencia, su hinchazón desprovista de sentido, como irreductible a la imagen ideal. (p.67)

El carácter estructural de la depresión confronta al sujeto con su propio real. Pero en la melancolía el sujeto queda aplastado por la sombra del objeto –no puede separarse porque coincide con ésta-, mientras en la depresión neurótica en primer plano está la dificultad del sujeto para asumir el propio deseo. El carácter epidémico de las depresiones contemporáneas subraya precisamente esta dificultad: el sujeto sufre la oclusión del deseo como efecto de un discurso social orientado perversamente (el objeto *gadget* encierra artificiosamente, la castración del sujeto, renegándola) y maníacamente (la euforia del *divertissement* parece abolir la responsabilidad del sujeto frente al propio deseo). O, en cambio, experimenta la separación del Otro, la desvalorización de la propia imagen, la inconsistencia imaginaria de los objetos privados del brillo de su fundamento fálico. (p.68)

Ante este panorama donde las depresiones traducen lo dificultoso que es ser efecto de este discurso social, surge el atinado interrogante:

¿La depresión es un nuevo síntoma? La respuesta a esta pregunta es doble. Por una parte, la depresión se configura efectivamente como un “nuevo síntoma”, por otro lado no. No, en cuanto la depresión acompaña desde siempre el ser mismo de la existencia, siendo un afecto a través del cual la existencia es confrontada con sí misma, con la propia fragilidad ontológica, con su mufa. Por otra parte, es un “nuevo síntoma” en cuanto existen en la contemporaneidad una difusión epidémica de la depresión de carácter inédito y que, por lo menos, impone que se interrogue el nexo entre esta difusión y la naturaleza del vínculo social en la época del dominio del discurso capitalista. El impulso a una relación con el objeto de goce separado del Otro, “extraviado” como lo definió Jacques-Alain Miller, facilita el cierre monádico del sujeto

favoreciendo el afecto depresivo como expresión de un aislamiento impuesto por el goce. (p.70)

La contemporaneidad que es marcada atrocemente por un voraz discurso capitalista crea y cría insólitas alienaciones, depresiones.

Las depresiones contemporáneas no se producen ya por una falta del objeto de amor, o sea de una ausencia del objeto, sino de una excesiva presencia del objeto de goce. Son depresiones de confort, de rutina, depresiones que surgen del ápice maniaco, del *divertissement* contemporáneo. Su fundamento no es más la separación del sujeto sino su aislamiento autístico en una alienación rígida a los semblantes que parece anular todo hiato entre el ser y el semblante, consolidando más bien el ser del sujeto en la identidad sin divisiones de una máscara social. (p.71)

Más entramado a la cuestión de la presente tesis, las inhibiciones en la clínica psicoanalítica con niño y niñas, el psicoanalista Juan de Olaso (2015), en Paradojas de la inhibición, aporta su perspectiva de las inhibiciones en la actualidad. Cabe aclarar, que no hace referencia a la niñez. Sin embargo, es pertinente para pensar en cómo el contexto determina o contamina el período de la niñez.

Acaso hoy no sea infrecuente, por cierto, la consulta de sujetos algo apagados, faltos de combustible, en ocasiones sin horizonte, sin un *ideal* que funcione como brújula. Y allí se advierte, en efecto, una marcada proclividad a ciertas prácticas autoeróticas que forman parte de la cotidianidad de los sujetos y su relación -y su no relación- con el Otro.

De modo que ciertas modalidades de goce comienzan a adquirir una función de tapón, obturando el espacio del deseo -aquello que mueve por excelencia-, generándose puntos de detención y dando lugar a un círculo vicioso en absoluto sencillo de conmovir. Una versión *aggiornada* del renombrado “falta la falta”, como sugiere Rabinovich. El resultado, ciertamente, es el de un motor con escasas posibilidades de arranque.

O, también, por otra parte, asistimos a formas más o menos aparatosas de desinhibición que, en rigor de verdad, no constituyen otra cosa que *inhibiciones en acto*: de ahí la propensión al *acting out* y al pasaje al acto como

modos privilegiados de la puesta en escena -o de la salida de ella- en relación con determinados puntos de *impasse*. Intentos vanos de liberación, en ocasiones con despliegue hiperkinético, que terminan girando en falso. (p. 233)

Lo cual invita a procurar no confundir clínicamente entre el acto y el actuar. Este último puede asumir ciertas figuras en las que el mero despliegue imaginario no produce como resultado un nuevo estatuto del sujeto. De la misma manera, el analista procurará pues no confundir entre el deseo, tal como se articula intrínsecamente con la falta, y ciertas formas actualizadas del capricho.

La cultura, en múltiples ocasiones, provoca una ciaboga, siguiendo con la metáfora marina de la etimología de la inhibición, la cual describe un giro que se da en la embarcación remando adelante con los remos de una banda y al revés, o para atrás los de la otra.

(...) La promoción actual de ciertos modos de satisfacción a la que aludíamos más arriba parece introducir un “programa” radicalmente distinto del de describía Freud en 1930. La *renuncia de lo pulsional*, ese pilar en el que se erige la cultura en su función esencialmente inhibitoria, parece por momentos haber virado hacia un *empuje a lo pulsional*. ¿Un empuje a la desinhibición? Asistimos, sin lugar a dudas, a otro malestar en la cultura. (p. 234)

De ahí que los diques, esas barreras que se instituyen ante la exigencia de las pulsiones, aparezcan por momentos de manera tan desdibujada, incluso degradada. El imperativo de goce encuentra, pues, nuevas formas. Y si, como hemos podido constatar a lo largo del camino, el superyó constituye una fuente tan privilegiada de los fenómenos clínicos examinados, parece dibujarse en consecuencia un terreno más que propicio para la manifestación de inhibiciones.

El refugio autoerótico encuentra, así, una vía facilitada de consolidación de satisfacciones, lo que da lugar a un notable incremento de sintomatología *auto*, es decir, desconectada del Otro. Nada más rebelde entonces al despliegue de la palabra plena, para evocar términos de aquel Lacan (1953) inaugural que, justamente, venía a alertar a los psicoanalistas - ¡hace sesenta años! - sobre los riesgos de que la vía simbólica fuera descuidada. O también

obturada, ya fuera por respuestas del modo imaginario o por elementos inerciales de la vida libidinal. (p. 235)

Desarrollo de la investigación

Las unidades de análisis con las que cuenta este desarrollo de tesis son dos viñetas clínicas que serán analizadas teóricamente, interrogadas, exploradas. Con el fin de considerar qué contribuciones podrían hacer a la definición de las inhibiciones en la niñez. Serán redactadas en primera persona.

Viñeta clínica: Andrea ,6 años: El yo se inhibe.

Llegan al consultorio sus padres derivados por la odontóloga de la niña. Ella no abre la boca en las consultas con aquella médica para ser revisada. Este es el motivo de consulta. La niña está perdiendo dientes para dar lugar a los nuevos. Es la gran preocupación de sus padres el hecho de que Andrea no deje que la odontóloga la revise. Comentan cierto apuro para apresurar la caída de los dientes, se le pide a la niña que con ayuda de su lengua y de sus dedos los mueva para que salgan lo antes posible. Esto en ocasiones provoca la pérdida de sangre, que ante la mirada de la niña provoca su llanto. Le da mucha impresión y se niega a hacerlo.

Es única hija, en los meses venideros comienza su primer grado de la escuela primaria, dice el padre que es una niña muy callada, tímida, que no es de jugar con otros niños, tiene vecinos de su edad y primos, pero prefiere estar sola o los busca a ellos para empezar a dibujar o usar alguna plastilina, algo que finalmente termina haciéndolo sola.

El papá refiere que trabaja muchas horas, que no tiene tiempo para ir a la plaza, las manda a ellas que vayan, a Andrea y su madre. Para él su tiempo es oro, la construcción de su casa, los obreros que contrata. Habla gran parte de la entrevista de sus logros, su trabajo, es el mejor soldador dice, de él.

La madre sentada a su lado, casi no despega sus labios, abrazada a su cartera, con una mirada dispersa, ante preguntas parece no comprenderlas, no entiende la pregunta por el embarazo, dice, por ejemplo. Contesta brevemente y pide que a su hija se le explique sobre ciertos temas en las sesiones: que abra la boca cuando vaya a la dentista, sacarla de la cama porque duermen los tres juntos, que le diga qué es el sexo. Devuelvo con la

pregunta de qué le diría ella a Andrea sobre esos temas, responde que no sabe qué decir y queda callada. La propuesta es que, antes del pedido de abrir la boca ante la odontóloga, primero se escuchará a la niña en lo que necesite, quiera y exprese en su espacio psicoanalítico.

Cuando llega por primera vez Andrea la busco en la sala de espera, está sentada junto a su madre, mirando el piso. La saludo y la invito a pasar al consultorio. Se levanta enseguida y entra sin mirar a su madre ni a mí. Pareciera que nada le llama la atención dentro del espacio, se limita a sentarse en una silla cerca del escritorio, apenas se escucha su voz diciendo que estaba bien, que se llamaba Andrea, como si hablara para adentro, casi sin hacer contacto visual. La apariencia de ser tímida, como dijo su padre, se conjuga con el presunto desinterés por lo que ocurre a su alrededor. No quiere hablar mucho, hamaca sus piernas, que no llegan al piso, por momentos. La invito a dibujar y se niega. Pasadas las semanas toma papeles y lápices. Distribuye estos materiales sobre una mesa de forma ordenada, esto le lleva su tiempo y luego empieza a dibujar un personaje protagónico de Hello Kitty, una cabeza de gata con sus ojos, nariz, orejas, sin boca. No habla mientras dibuja, solo al final refiere que Kitty no tiene boca y que ella dibuja feo. Le pregunto sobre el dibujo y responde con monosílabos. Las siguientes sesiones no quiere volver a dibujar ni jugar. Pasan semanas y toma unos muñequitos pequeños que hay allí, los empieza a ordenar uno al lado del otro, en fila hasta el borde del escritorio, con meticulosidad y sin hablar. Cuando se le terminan los juguetitos los contempla, los cuenta, y los guarda. En otras sesiones comenta que tiene miedo de ir a una escuela nueva donde no conoce a las maestras. Quisiera seguir yendo al jardín que iba, con su seño. Otro día trae un sellito de la Kitty y empieza a plasmarlo en unas hojas que también trajo ella en una mochila.

Es muy común homologar silencios, tranquilidad, quietud, no abrir la boca ni al dentista, con la timidez. Parece un refugio menos inquietante describir a los niños como tímidos, en este caso una niña. La timidez no es una posición tan desarrollada en el campo teórico psicoanalítico. Salvo Winnicott, quien diferencia cierta timidez normal, relacionada a la retracción de un duelo; de

una timidez patológica o sintomática, asociada a cuestiones persecutorias, que responde a la dimensión omnipresente de la mirada.

En esta viñeta, hace de significativo que nombra a la niña, más otros que surgieron en su descripción por parte de los padres. Es el título, pero detrás de este se refieren cuestiones como el ser callada, el jugar sola, o dificultarse el juego con otros. Estos también serán significantes que la recortan.

Es una niña que se impresiona con la sangre, que quiere evitar sentir con parte de su boca que los dientes están o no por caerse, que llora si le insisten con que haga eso de apresurar esa caída. La angustia producida por la sensación de desmembramiento entre aquellas partes que debieron reunirse en la imagen especular formando el yo, retorna como manifestación del peligro de perder los dientes, de volver a fragmentarse. Entonces, aparece el dolor físico, el dolor de las posibles pérdidas, la impresión hacia la sangre, que podría pensarse como la respuesta del asco. Dique anímico que habla de la resistencia ante la pulsión, como lo son también la vergüenza y los escrúpulos morales, que se erigen en el período de latencia e inhiben la sexualidad.

Los labios, aquella zona erógena de la pulsión parcial oral, se encuentra, en apariencias, convocada a delinearse desde su boca cerrada, la boca que no habla, calla, los labios que herméticamente cierran la posibilidad de que algo se vea. Aquel objeto parcial que fue el pecho materno, se sustituye en una cadena de equivalencias, pero ¿qué ocurre cuando algo ahí se obtura, se cierra? En ese bloqueo habrá algo de la satisfacción puesto en juego o es la imposibilidad de satisfacción representada con el mismo.

Parte de la familia está en caminos nuevos, ejemplo la niña por empezar una etapa escolar nueva, en otra institución, el padre refiere la construcción de una casa. En el relato de él, si bien hay preocupación por lo que le ocurre a su hija, está más atravesado a mirarse en un espejo y no parar de hablar de sí mismo, con un pseudo brillo propio, que dejaría sin luz a la figura de la madre, como así también en la penumbra la personalidad de Andrea.

La mamá no refuerza los dichos del padre, pero tiene preocupaciones, requiere algo del orden de la asistencia para su hija. Hay un pedido al salir del lugar de al lado, del esperar su momento para hablar, con sus dificultades, pero notorio su malestar respecto a lo que a su hija le pueda pasar, angustiada.

La niña se presenta apagada, sin sonrisa, sentada encorvadamente, como achicándose, silenciosamente, monosilábica. Su mirada no parece evasiva, sino desconectada o aplastada. Entra a un lugar nuevo, desconocido, pero pareciera que nada le llamara la atención. Esto es una mera descripción de los primeros signos que resaltaron.

Como evoca Marisa Punta de Rodulfo sobre el análisis de los dibujos como parte de una secuencia que serían las sesiones, estos signos no serán fragmentados para analizarlos. Ya algo de la inhibición empieza a desplegarse.

Ante el interrogante propuesto por Ricardo Rodulfo sobre el lugar o tramo donde la inhibición puede presentarse la secuencia winnicotiana, enumera aquellos posibles momentos:

- 1- La prolongación de la vacilación la convierte insensiblemente en inhibición; esto puede observarse en el niño que, recién llegado al consultorio, no logra el paso a su mano; (...) algo le impide *decidirse*. Durante todo el tiempo, por lo demás, se percibe la *tentación* y no que falte el deseo.
- 2- Cuando la vacilación da paso al agarrar -al deseo de agarrar y al agarrar el deseo-. (...) el pequeño acepta “la realidad de que desea” agarrar. Eso mide la severidad potencial de la inhibición, si da en el blanco no ya del objeto que podría alcanzar sino, muchísimo peor, en la aceptación de un deseo cuya aceptación lo volvería propiamente propio. Esto da cuenta de porqué, en procesos inhibitorios largos y extendidos, ya no se siente el llamado del desear; toda tentación ha cesado.
- 3- También puede y suele desarrollarse una tranquila o vehemente escena de vacilar-agarrar sin complicación alguna y luego... un impedimento paraliza la realización del juego propiamente dicho: lo vemos con no poca habitualidad en niños que, una vez agarrado todo lo que querían agarrar, “se van” en preparativos, en la acomodación de detalles. (...) La realización del juego no culmina.
- 4- Tiempo de concluir. (...) En esta fase se pueden detectar diversas anomalías: el niño persevera “en círculos”, como si tuviera los juguetes pegados a mano. “¿Puedo cambiar?” me pregunta un pacientito que ya desea hacer otra cosa, pero actúa como si le diera culpa ponerle fin a algo;

aquí la violencia de toda separación encuentra una sensibilidad que la inhibe, que no puede asumirla. Se sigue sin ganas.

- 5- (a veces) Se trae de vuelta lo arrojado, constituyendo: a) un ir y venir; b) un juguete estable, acompañador, preferido; juguete para más de una vez. Hipotéticamente este paso podría estar sujeto a una consiguiente inhibición para ese re-traer y constituir. (Rodulfo, 2009, p. 4)

Andrea pendulaba desde la vacilación prolongada de las primeras sesiones, donde casi no miraba lo que a su alrededor había. Más que un deseo tintineante en su apertura, el deseo se presentaba apagado, impedido. Hasta pasado su tiempo necesario, pendular por los siguientes dos momentos de la secuencia: cuando se da el paso de servirse de los juguetes que había, donde algo del deseo de agarrar se postula, como dice el Rodulfo, no simplemente del objeto juguete, sino, tomarse del deseo, apropiárselo. Y, por último, mecerse y agarrar, para luego otra vez, inmovilizarse. Lo realizó con los muñecos que puso uno al lado del otro sobre la mesa, silenciosamente, luego los contó, formó una serie, los miraba y luego los guardaba.

Retomando las definiciones de juego, si hay algo que las une es considerarlo una capacidad de creación psíquica. Aquellos pequeños poetas que insertan las cosas de su mundo en un nuevo orden que les agrada. Pero no siempre es posible.

No habrá juego si el Otro se presenta a ser completado por el niño, es necesario que exista una pérdida en el goce tanto por el lado del sujeto como por el lado del Otro para que se llegue a la actividad creacional del juego. Cuando el jugar no se establece, hay algo en el sujeto o en el Otro, o tal vez en ambos lados de la estructura, en donde el goce sobra.

Para que esta niña juegue, deberá disponer de un mínimo marco que le asegure que no se encontrará directamente con lo ominoso. Eso sería muy perturbador. Si el goce del Otro se presenta incestuoso e inhibitorio, impidiendo hacer lazo social, la actividad sublimatoria, creadora del juego, en cambio, con toda su poesía, libera, proponiéndose como recurso del sujeto para salir del terreno narcisista e instaurar el cuerpo como propio y la alteridad simbólica de la experiencia con el mundo.

En Andrea, esto comienza a traslucirse a través del dibujo, de su escritura, de sus sellos. A su edad y un poco antes también, se marca una fase donde el dibujo le gana terreno al juego, o le presenta contienda al juego. El motivo se relaciona con la importancia de que el cuerpo, que primero se escribió jugando, a esta edad se vuelve a escribir en el espacio del trazo, del grafismo, de la raya y el punto. Ello prepara a la escritura escolar.

Esta misma secuencia winnicotiana se la puede tomar como herramienta en otras actividades de la niñez, como ejemplo, el dibujo. En Andrea se presentó la vacilación prolongada en las primeras sesiones, dentro del conjunto que implica el espacio de análisis, los elementos para el dibujo eran desestimados como también lo fueron los juguetes, la masa modelar, u otras opciones que estaban en el consultorio. El segundo momento, el de *agarrar* aceptando “la realidad de que desea” el objeto con el cual, en este caso, dibujará. Entonces, podrá pensarse el dibujar como menos inhibida, la tentación a desear no ha cesado en este rasgo. Dibuja algo que a ella le gusta, su personaje preferido, que le proporcionará su ficción.

Ahora, como no son estos momentos de la secuencia postulada estrictamente organizados, no son pasos inalterables, es preciso decir que, al igual que en el juego, en varias sesiones el dibujo o el intento de hacerlo, se sumergía en una escena tranquila, meticulosamente ordenando los lápices, fibras, lapiceras, hasta que allí quedaban y las guardaba.

Esta lectura hecha desde el tamiz que plantea la secuencia de Winnicott no es una medición de la inhibición que se presenta en Andrea. Es la articulación del material de las sesiones con la teoría que habla de las inhibiciones en la niñez. Se puede decir que hay claras señales del proceso de inhibición, que no se reducen a no abrir la boca ante la odontóloga, que van en la dirección silenciosa del marcado aburrimiento, sofocamiento de la alegría, del asombro, de la inquietud, el impedimento de la actividad, dificultad del lazo con el otro. El establecimiento silente de la inhibición carcome, avanza y a la vez petrifica, requiriendo de mucho tiempo para ello.

Viñeta clínica: Guido, 4 años: El yo inhibe.

Se comunica la madre para solicitar un turno con urgencia, porque su hijo comenzó a no comer, a decir que tenía miedo de atragantarse con la comida. Esto es dicho vía telefónica. Llegan a la consulta ambos padres, en el relato de ambos comienzan a aparecer diferencias de la percepción de la gravedad de la situación. La mamá insiste en su preocupación de por qué Guido no come, escupe lo que lleva a la boca, redujo las cantidades de comida y solo pide que le preparen ciertos platos, como fideo y arroz. El temor de su mamá es que no pueda comer nada más y se enferme. Sus comidas se basan en polenta, fideos, leche en mamadera (antes eran 2 por día, ahora bajó a media por día), jugos de manzana, nestum, galletitas. Guido cuenta cada cosa que le pone en el plato y si para él hay demás, no lo come.

La versión del padre es que el niño come, para su gusto es poco, pero come. Sí es verdad que cuando está la mamá hace todo eso que ella cuenta. Pero con él, con su hermano mayor y con la señora que lo cuida, Guido se sienta a la mesa a almorzar sin tantas vueltas. Refiere que, desde su mirada, no es tan grave lo que le pasa con las comidas. Que cuando tiene hambre pide comida y que no le va a pasar nada malo.

Dicen que Guido era un niño muy sociable, siempre se hacía de amigos nuevos cuando iba a una plaza, ahora no. Está en sala de 4 del nivel inicial, tenía buena relación con sus compañeros, pero en el último tiempo se pelea, no quiere jugar con otros, se queda solo, alejado de los demás. Tiene un vocabulario amplio, "como de adulto", destacan sus padres. Juega con el celular, mira televisión, hace meses no puede salir al patio de su casa a jugar porque están con reformas. No quiere quedarse sólo en ningún momento del día, si pudiera estar con la mamá al lado en todo momento lo haría y que lo atienda a él solamente.

Hace pocos meses la madre comenzó a trabajar varias horas y esto es un punto que los papás marcan como lo que más le cuesta a Guido aceptar. Era un niño muy alegre y expresivo, sin embargo, esto fue transformándose en cierto encierro, menos demostrativo en cuanto a sus afectos. Según sus padres, la causa es el miedo a estar solo, sin su madre. Cuando ella está por irse a trabajar empieza a llorar, la promesa que le hace es hablarle por teléfono

o videollamada desde el trabajo. Se presenta la dificultad de que esto suceda por breves períodos de tiempo, porque el niño es quien llama a todo momento. La madre realiza su actividad laboral con el teléfono en la mano para que él la vea por la pantalla.

Guido en el espacio del consultorio se presenta con entusiasmo por venir a conocerlo, quiere saber qué hay en cada rincón, cajón, caja y todo lo que se presenta allí. Revisa, agarra, utiliza y comenta sobre cada cosa que encuentra. Abarca y por momentos avasalla con vehemencia el sitio. Por momentos quisiera hacer varias cosas a la vez, toma unas hojas y lápices para dibujar, pero también saca unos juguetes que luego son tirados a modo de proyectil, saca un juego de mesa al que quiere que juntos juguemos. Es un juego de lotería, los números se transforman en otra cosa ya que ahora es jugar a quien los tira más lejos. Vuelve al papel y hace garabatos que se salen del mismo, pinta el piso, la hoja siguiente.

En cada encuentro su llegada es ruidosa desde que toca el timbre y pasa una primera puerta de rejas, hasta entrar al consultorio, pasando por la sala de espera, sin esperar. Con vigor, traspasa cada parte del espacio como si fueran los mismos. Un día su vestimenta era la de un personaje de ficción, un Pj Masks, comienza a contar con entusiasmo quién es, qué poderes tiene, por qué eligió esa ropa cuando se la compraron y por qué se la puso ese día. Como la mayoría de las sesiones comenzaban así, con energía, con ganas de, acompañado de sus palabras. Sin embargo, esto comenzaba a reducirse, con tendencia a desarmarse, había algo de disposición a empezar un juego, a elegir con qué hacerlo, incluso ha traído ciertos juguetes suyos en ocasiones. Para compartirlos, pero luego no podía, no sabía qué hacer con ellos. Era como pasar de un intento a otro, de ligarse a algo y se desvanecía esa posibilidad.

En relación con lo que ocurría con la comida, decía que cuando estaba con su mamá le daba miedo no poder tragar y ahogarse. Que él la extraña mucho cuando se va a trabajar, a su regreso quiere estar siempre sentado a su lado, sin nadie alrededor. Cuenta que tiene un hermano más grande con quien se pelea. Con su papá le gustaba ir a las plazas, pero ahora prefiere quedarse en su casa para estar con la mamá.

La escena se configura a partir de las cosas que se dicen, tiene valor de palabra y de este modo presenta valor ficcional, en tanto constituye un clivaje respecto de lo real. Esto ocurre en el espacio terapéutico cuando comienza el juego.

Es esta escena la que aparece en el jugar de los niños, la que puede verse cuando se disfrazan, asumen papeles, hablan y se compenetran tanto con el hacer lúdico que esta misma acción, la que los aparta del mundo exterior. No todos los niños pueden jugar en el sentido del jugar simbólico, del “como si”, ya que para poder acceder al juego simbólico es necesario contar con la posibilidad de hacer arte y oficio. El juego es una operación de creación que transforma lo real. En las primeras sesiones Guido jugaba.

Para poder jugar es preciso apartar la mirada, lo cual indica que se pueda contar con el estadio del espejo, para que esta mirada conste como perdida.

En la medida en que esa mirada se aparta y se pierde el goce, es que puede darse lugar al juego.

Tomando como una integridad la viñeta de Guido, hay momentos a ser puntualizados, por ejemplo, la posibilidad de jugar se presentó en las primeras sesiones, donde la pulsión de saber se despliega abarcando el espacio. Hay preguntas, interés, disposición, el juego simbólico asoma cuando transforma las fichas de números de lotería en proyectiles que compiten en la distancia.

Como se plantea en párrafos adelante de la presente tesis, la oportunidad de reflexionar acerca de lo obvio, de lo esperable, romper con el molde de que aquello que se presenta en la clínica se debería encajar a la teoría, cual tendencia kleiniana, permite obtener otras consideraciones.

Lo obvio hubiese sido analizar que no pudo jugar a un juego de mesa, con reglas, tiempos de espera de un turno, tomar de a una las fichas de los números que desde el azar del sorteo saliera cada una. Entonces, obviamente, no habría posibilidad de juego.

Pero la capacidad de armar otra cosa con aquellos elementos, es el efecto de lo lúdico puesto en marcha. Algo de la competencia dejó su marca, porque para él era jugar a tirarlos lo más lejos posible, donde habría un ganador en cuanto a esa distancia. Sin embargo, a distancia de lo obvio, en esta construcción del paciente está trabajando psíquicamente.

Jugando, el niño elabora situaciones de la vida diaria, haciendo una labor psíquica que tiene una especificidad, una lógica y una finalidad. Como así también, jugando, los niños perciben su cuerpo y el mundo que los circunda. Como analistas hay que tener muy en cuenta este material analítico, el juego, porque si esto ocurre implica que hay un niño. El niño dirige su interés al juego, más allá de lo que se plantea en escenas fantasmáticas de los padres. Acá Guido está jugando a su Fort-Da. Los números de la lotería aparecen y se esconden al tirarlos “lo más lejos posible”, debajo de un sillón, atrás de algún mueble. Transforma la realidad, para dejar de ser obvio, claro, evidente. Este juego da cuenta de la forma de construcción del objeto escópico como resto. La presencia-ausencia del Otro es el núcleo de este tipo de juego. Así se escenifica la posibilidad de perderse para el Otro.

Se avanzará en la viñeta teniendo el motivo de consulta que angustiaba mucho a su madre, que el niño no coma, coma poco o selectivamente. Quedarse en tema de cantidades desviaría el foco del tema. Las proporciones entre lo que un sujeto quisiera dar no siempre, o nunca, es en correspondencia con lo el otro recibe, y viceversa. Porque la desproporción es del orden de la constitución, siempre habrá resto.

Freud en Inhibición, síntoma y angustia, dice que puede ocurrir que la inhibición puede ser un síntoma, o puede devenir síntoma. La inhibición está ligada a la función, esto lo conduce a preguntar las formas en que las funciones del yo pueden padecer desconciertos: la sexualidad, la alimentación, la locomoción y el trabajo. En este caso la alimentación está puesta en juego, pero no como mera inhibición, en el sentido de no poder comer, hay algo del decir que lleva a barajar la idea de que esta inhibición en cuanto a no comer cuando está con su madre se sintomatizó. En el momento que esta madre decide empezar a trabajar, de introducir un espacio entre ellos, Guido se intenta adosar, es un intento de tener su presencia virtual (cuando hacían videollamada las horas que su mamá trabajaba) que supuestamente lo tranquilizaría, o dejaría de estar triste porque no la ve. Ahora bien, en los reales momentos en que la madre está surge el conflicto. Al menos lo es para ella, desde la preocupación por las consecuencias de no comer. Y desde Guido, aparece el sufrimiento traducido en miedo a atragantarse.

Quizás, esta inhibición sintomática, representa un tope, una protección al goce del Otro que devora vorazmente.

No por casualidad, empiezan a vislumbrarse ciertos cambios, como decían sus padres, donde el afecto se enmudece, aparece el desgano de salir, abandona aquello que otrora le hacía feliz. Ya no comparte salidas al espacio público, no va a plazas con su papá, no puede estar en su patio que antes tanto disfrutaba.

Empiezan a aparecer indicios de aislamiento, débil vinculación con sus pares, dificultad de estar a solas, si no es con su mamá. Paradójicamente, aislarse lo apega más a su madre, y estar con ella puede ser sofocante, al punto de recurrir a la inhibición alimentaria que se sintomatiza. La figura del padre, desde su función de terceridad que separa, aparece un poco desdibujada, o fuera del papel, como son los grafismos de Guido, no encuentra el borde que lo contendría.

Al mismo tiempo, posiblemente como tentativa de recuperación, algo de la ansiedad pareciera ponerse en juego, ejemplo cuando pareciera no registrar los espacios cuando entra al establecimiento donde está el consultorio. Cuando toma un juguete o juegos de mesa, los abandona para supuestamente empezar con otro, una secuencia que se transforma en serie, son elementos que se acumulan, pero no tienen un fin lúdico. Entendiendo por lúdico un acto transformador de la realidad.

Este costado ansioso, con características pseudo maníacas, sin límites, con marcada exaltación, instaura una presencia absoluta, que no pasa desapercibida. ¿Del niño? ¿del Otro?

Abraham decía sobre el placer del maníaco que no se obtenía únicamente de abolir las inhibiciones normales de las pulsiones. Aunque, eliminar esas inhibiciones harían más accesibles las fuentes de placer que necesariamente fueron suprimidas. Y lo conectaba con lo que ocurre en la niñez, donde las pulsiones están orientando ciertos recorridos.

La pregunta que se abre es si esta función maníaca de abolir las inhibiciones no se emparenta con la desinhibición, siendo dos partes de una misma ficha, alegando al juego de Guido, de un lado las inhibiciones que son pertinente a la constitución subjetiva, y del otro las desinhibiciones de una forma más aparatosas, que ponen en acto las inhibiciones. Porque a posteriori

de aparecer con un disfraz de PJ Masks, saltando encima de los sillones, gritando que quería jugar, el personaje ya no alcanza para tapar, la efusividad se desploma, el posible juego pierde fuerzas.

Conclusión.

En la era de la globalización, del neocapitalismo, de la supuesta existencia del hombre sin fisuras que se venera como un ideal feroz al que habría que alcanzar. Donde el individualismo abalado por la meritocracia y la indiferencia social es la bandera que flamea, con una competencia bestial entre los sujetos sociales que se alejan de lo humano es lo que lamentablemente caracteriza esta época que transcurre.

La promoción inverosímil es de la felicidad como espejismo a alcanzar, en pos de réditos reducidos a lo económico. Por lo tanto, no hay lugar para el dolor, la angustia, el displacer. Ello también se convertirá en un objeto para vender y comprar sus falsas soluciones. Casi todo puede mutar en objetos de consumos, hasta el mismo sujeto, paradójicamente.

Las diferentes presentaciones del goce, si podría traducirse así, imperan en esta contemporaneidad, obturando el despliegue del deseo, por ende, producen un sujeto cada vez más anestesiado, adormecido, narcotizados, sin ideales, sin rumbo. Un sujeto con respuestas frágiles, de alto costo subjetivo.

Lo real de la vida, de la existencia, de por sí no es una forma bella. Sin embargo, en esta época puede ser proporcionalmente más difícil existir, en cuanto a la exigencia de cumplir con altísimos ideales que se imponen.

Ante esto sobrevuela en la vida cotidiana cierta propensión a lo autoerótico y masturbatorio. Por ende, se torna embarazoso, se labiliza la relación del sujeto con el Otro. Se separa el existir, la vida, del sentido. Es tortuoso como lo real se muestra inconquistable a los semblantes simbólicos e imaginarios, los cuales ordenan la realidad. ¿En qué posición queda sujeto ante este yermo panorama?

Recalcatti refiere a esta contemporaneidad: “el sujeto sufre la oclusión del deseo como efecto de un discurso social orientado perversamente y maníacamente” (Recalcatti, 2005, p. 68).

Con este contexto descripto, desde la posición teórica del psicoanálisis atravesado por los aportes de los autores citados, con sus trabajos escritos que

han sido enriquecedores a la escritura de esta tesis, con los interrogantes que abren y hacen reflexionar sobre la práctica de la clínica psicoanalítica con niños.

A ello, sumarle la recuperación en aquellas viñetas clínicas, de las pinceladas que la inhibición puede dejar traslucir. Desde aquí es posible pensar una definición de las inhibiciones en la niñez, en el momento histórico que se vive, con sus propias características.

El imperativo de goce encuentra en cada época su nueva forma, por ende, el sujeto sufre e intenta responder desde su subjetividad, con lo que ello implica.

Camino sinuoso, con meandros, el que propone el goce imperioso, que, al considerar la prolífica aparición de las inhibiciones, puede pensarse que es una de las consecuencias de dicho goce.

El discurso psicoanalítico es un cuerpo vivo, que no está por fuera de las contingencias históricas y los avatares de la sociedad. Por supuesto que no son las mismas condiciones que atravesaron el psicoanálisis de Freud, que en todo su recorrido también fue transformándose. Como tampoco son los tiempos de Lacan, los conceptos, sus lecturas, sus mismos escritos y seminarios, dan cuenta de el acompañamiento del momento histórico en el que vivió. Esto muestra el latido del corpus teórico psicoanalítico que no es definitivo ni hermético. No es justo utilizar solo el verbo acompañar una era, el psicoanálisis atraviesa, camina, interroga cada era. Porque en concordancia con lo que cada etapa histórica genera, el sufrimiento del sujeto se traducirá, virará, tomará otras expresiones, que desde la clínica se buscará aportar a reducir ese malestar, no a borrarlo.

Entonces, volviendo al objetivo de esta tesis que es indagar y analizar los alcances y límites del concepto de inhibición en la niñez contemporánea, podría pensarse que como posibles respuestas al imperativo del goce el sujeto toma diversos caminos, dependiendo sus recursos subjetivos, su atravesamiento histórico, su constitución yoica.

Como se puede leer en el recorrido de la tesis, autores postulan como respuesta ante esto, por ejemplo, el dolor del cual tampoco se sabe tanto, como de las inhibiciones. Gusmán en el Dolor imperativo desarrolla un análisis de esta respuesta, que no es gratis al sujeto, al goce hegemónico.

No solo habla de la orfandad en la que deja al sujeto el dolor, sino también la imposibilidad de entrar en un encadenamiento de sinónimos o referencias en donde sostenerse. Por eso, es una solución fallida, de búsqueda de hacer algo con lo insoportable.

Otra posible respuesta se vincula con las depresiones actuales, a las que Massimo Recalcatti le dedica sus escritos. Ante las orientaciones perversas y maníacas del discurso social, la depresión viene a representar propiamente la lesión de la división subjetiva, muestra la hinchazón de existir. Aquello a lo que no puede reducirse la imagen ideal.

En esta línea, se propone pensar las inhibiciones como una posible respuesta a este otro malestar en la cultura en el que vivimos. El uso del plural se debe a decir que en estas aguas por donde navega el niño, habría en principio dos acciones a realizar. El carácter de acto es lo que caracteriza a la inhibición. El acto es el producto de una acción, etimológicamente inhibición es remar para atrás. Una de las acciones sería clavar el remo para frenar y virar el recorrido, allí es posible pensar que el yo puede inhibir, el yo inhibe para frenar, lo hace desde la particularidad de la detención, del impedimento, pero es en pos de taponar el goce del Otro para no ser devorado, y ese camino de regreso sobre su trazado sería el cortar con el goce del Otro para dar lugar a su propio deseo, si es que habría alguna manera de decirlo así, ya que el deseo es porque hay Otro que desea.

¿Qué ocurre si esto no basta? La inhibición se petrifica en ese punto y va socavando la constitución psíquica del niño, lo enmudece, lo apaga, se desparrama en su cotidianeidad, el yo se inhibe. Esto es como si el museo se colmara de inhibiciones, siguiendo la metáfora de Lacan, que decía que la inhibición es un síntoma en el museo. Cuando la institución museo está inhibida, es difícil despojarse de ello. Porque, clínicamente hablando, el tratar de construir un interrogante que coadyuve a crear un síntoma, para luego viabilizar el camino hacia la angustia, será de laborioso transitar.

Por último, desamordazar la ñ, consonante sonora, vibrante, musical, que define la palabra niñez, va en el sentido contrario de la silenciosa inhibición. Ese silencio que apabulla, ensordece y enmudece, es proclive a la sintomatología de lo autoerótico, desconectado del Otro. Desde la clínica psicoanalítica con niños alentar a la extensión de la palabra, a no descuidar lo simbólico.

Bibliografía.

- Abraham, K. ([1911] 2008). *Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Aguilar
- Achilli, E. (2005). *Investigar en Antropología Social. Los desafíos de transmitir el oficio*. Rosario: Laborde Editor
- Aksman, G. (2009). Inhibición <angustia> Síntoma. *Actualidad Psicológica*. XXXIV (374), 7-10.
- Azaretto, C. (2007). *Diferentes usos del material clínico en la investigación en Psicoanálisis*. En Memorias de las XIV Jornadas de investigación, Buenos Aires, Facultad de Psicología, UBA.
- Borsotti, J. (2007). *Temas de metodología de la Investigación en Ciencias Sociales empíricas*. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila Editores
- De Olaso, J. (2015). *Paradojas de la inhibición*. Buenos Aires, Argentina: Manantial
- Fernández Miranda, J. (2019). *El trabajo de lo ficcional*. Rosario, Argentina: Letra Viva
- Freud, S. ([1905] 1987). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas*, vol. VII, Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. ([1915] 1987). Duelo y melancolía. En *Obras completas*, vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. ([1921] 1987). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. ([1926] 1987). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas*, vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. ([1950] 1987). Proyecto de psicología. En *Obras Completas*, vol.I. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. ([1920] 1986). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 18, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1908] 1986). El creador literario y el fantaseo. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. 9, pp. 123-135). Buenos Aires: Amorrortu.

- Garibaldi, H. (1991). Inhibiciones. Hamlet, un acto a cumplir. *Inhibiciones, síntomas, angustias: Jornadas otoño 1991*, 1 (1), 111-114.
- Glaze, A. (Ed.). (2005). *Una práctica de la época: El psicoanálisis en lo contemporáneo*. Buenos Aires, Argentina: Grama Ediciones
- Gobbato, L. (2014). De la inhibición a la angustia señal. *Psicoanálisis y el hospital*, 23 (46), 33-36.
- Gusman, L. (2013). Dolor imperativo. *Conjetural*, 77 (77), 41-50.
- Klein, M. (1971). Técnica del análisis del niño. En A. Aberastury (Traduc.), *Obras Completas* (vol. 4, pp. 1-118). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. ([1962-1963] 2006). *El seminario. Libro 10. La angustia*, Buenos Aires: Paidós
- Lecman, T. (1991). El lugar del Otro en la inhibición. Intervención y angustias del analista. El análisis como síntoma. *Inhibiciones, síntomas, angustias: Jornadas otoño 1990*, 1 (1), 67-69.
- Palant, J. (2013). El niño freudiano. *Conjetural*, 77 (77), 61-65
- Punta de Rodulfo, M. (1993). *El niño del dibujo. Estudio psicoanalítico del grafismo y sus funciones en la construcción temprana del cuerpo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Rodulfo, R. (2009). La secuencia-Winnicott y su utilidad para la localización de las inhibiciones. *Actualidad Psicológica*, XXXIV (374), 2-6.
- Tkach, C. (2014). El juego en psicoanálisis de niños: entre un modo de trabajo del aparato psíquico y un caleidoscopio cuadro a menudo sin sentido. *Actualidad psicológica*, pp. 17-20
- Tomás, S. (2009). *Clínica psicoanalítica con niño, púberes y adolescentes*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva
- Winnicott, W. (1979). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, España: Editorial Laia